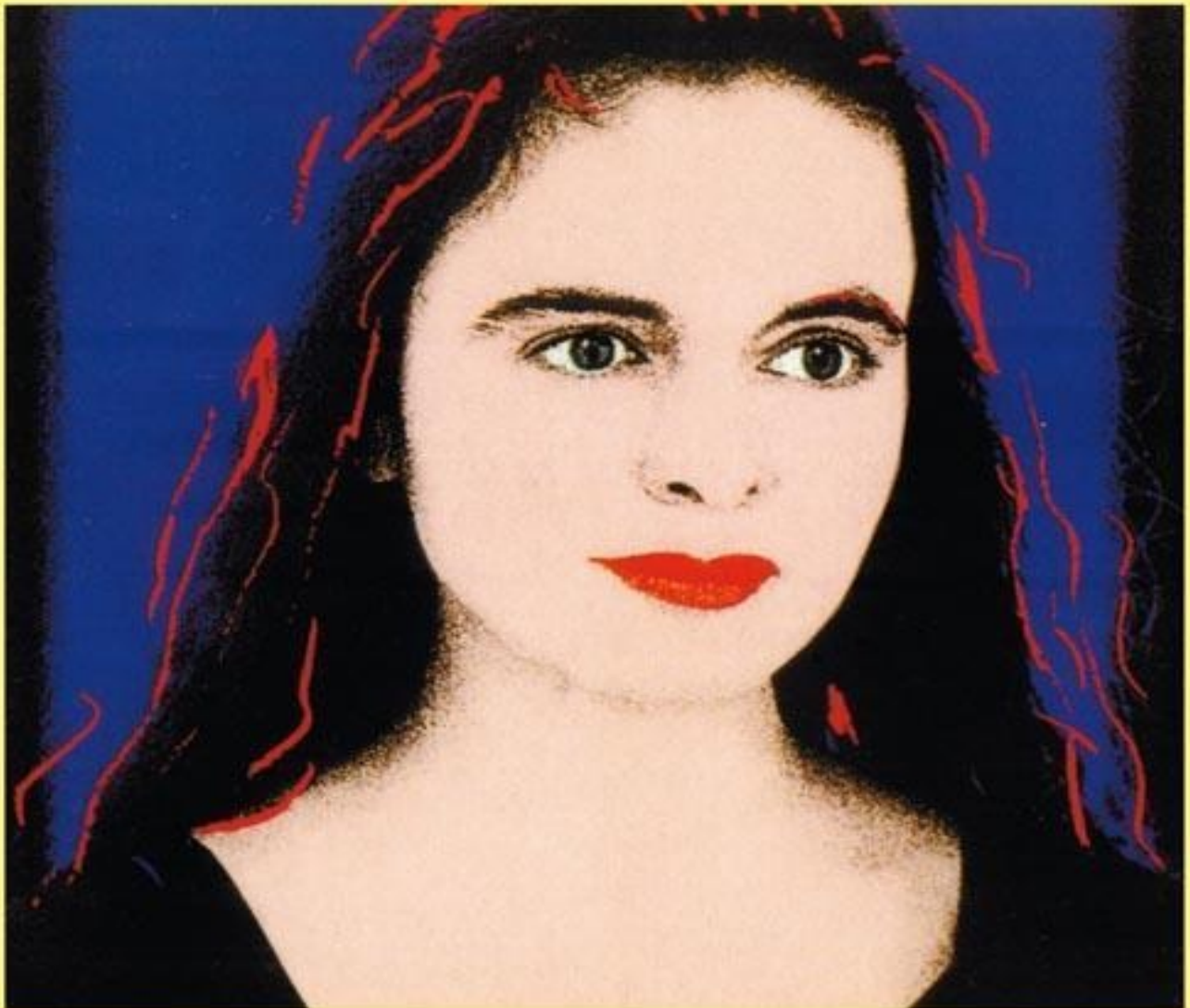


AMÉLIE NOTHOMB

---

*Estupor  
y temblores*



Lectulandia

Esta novela de inspiración autobiográfica, que ha obtenido un enorme éxito en Francia, cuenta la historia de una joven belga que empieza a trabajar en Tokio en una gran compañía japonesa. Pero en el Japón actual, fuertemente jerarquizado, la joven tiene el lastre de un doble handicap: es occidental y mujer, lo cual la convertirá en blanco de una cascada de humillaciones y de una progresiva degradación laboral que la llevará a pasar de la contabilidad a servir cafés, ocuparse de la fotocopiadora y finalmente encargarse de la limpieza de los lavabos masculinos.

Lectulandia

Amélie Nothomb

# Estupor y temblores

ePUB v1.0

Sonmiox 13.09.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Stupeur et tremblements*

Amélie Nothomb, 1999

Traducción: Sergi Pàmies

Editor original: Sonmiox

ePub base v2.1

El señor Haneda era el superior del señor Omochi, que era el superior del señor Saito, que era el superior de la señorita Mori, que era mi superiora. Y yo no era la superiora de nadie.

Podríamos decirlo de otro modo. Yo estaba a las órdenes de la señorita Mori, que estaba a las órdenes del señor Saito, y así sucesivamente, con tal precisión que, siguiendo el escalafón, las órdenes podían ir saltando los niveles jerárquicos.

Así pues, en la compañía Yumimoto yo estaba a las órdenes de todo el mundo.

El 8 de enero de 1990, el ascensor me escupió en el último piso del edificio Yumimoto. El ventanal, al fondo del vestíbulo, me aspiró como lo habría hecho la ventanilla rota de un avión. Lejos, muy lejos, se veía una ciudad tan lejos que dudaba haberla pisado jamás.

Ni siquiera se me ocurrió pensar que fuera necesario presentarme en la recepción. En realidad, no me rondaba la cabeza ninguna ocurrencia, sólo la fascinación por el vacío, por el ventanal.

A mis espaldas, una voz ronca acabó por pronunciar mi nombre. Me di la vuelta. Un hombre de unos cincuenta años, bajo, delgado y feo, me miraba con desagrado.

—¿Por qué no le ha comunicado su llegada a la recepcionista? —me preguntó.

No supe qué contestar y nada contesté. Incliné la cabeza y los hombros, constatando que en tan sólo diez minutos, sin haber pronunciado ni una palabra, ya había causado una mala impresión en mi primer día en la compañía Yumimoto.

El hombre me dijo que se llamaba señor Saito. Me pidió que le siguiera por innumerables e inmensas salas, en las que me presentó a multitud de personas, cuyos nombres yo iba olvidando a medida que él los iba pronunciando.

Luego me hizo pasar al despacho de su superior, el señor Omochi, que era enorme y espantoso, lo cual confirmaba su condición de vicepresidente.

A continuación, me señaló una puerta y, con tono solemne, me anunció que, tras ella, estaba el señor Haneda, el presidente. Ni que decir tenía que no debía pasármelo por la cabeza la posibilidad de conocerlo.

Finalmente, me guió hasta una gigantesca sala en la que trabajaban unas cuarenta

personas. Me indicó cuál era mi sitio, situado justo frente al de mi inmediata superiora, la señorita Mori. Esta última asistía a una reunión en aquel momento y se reuniría conmigo a primera hora de la tarde.

El señor Saito me presentó rápidamente a la asamblea. Y a continuación me preguntó si me gustaban los retos. Estaba claro que no tenía derecho a responder con una negativa.

—Sí —dije.

Fue la primera palabra que pronuncié en la empresa. Hasta aquel momento me había limitado a inclinar la cabeza.

El «reto» que me propuso el señor Saito consistía en aceptar la invitación de un tal Adam Johnson para jugar juntos al golf el domingo siguiente. Yo tenía que escribir una carta en inglés dirigida a dicho señor para comunicárselo.

—¿Quién es Adam Johnson? —cometí la estupidez de preguntar.

Mi superior suspiró con exasperación y no respondió. ¿Acaso constituía una aberración no saber quién era Adam Johnson o, por el contrario, mi pregunta había pecado de indiscreción? Nunca lo supe —y nunca supe quién era Adam Johnson.

El ejercicio me pareció fácil. Me senté y redacté una carta cordial: el señor Saito se mostraba encantado con la idea de jugar al golf el próximo domingo con el señor Johnson y le transmitía sus más cordiales saludos. Se la llevé a mi superior.

El señor Saito leyó mi trabajo, soltó un despectivo chillido y la rompió:

—Repítala.

Pensé que quizás había sido excesivamente amable o familiar con Adam Johnson y redacté un texto frío y distante: el señor Saito acusaba recibo de la decisión del señor Johnson y, conforme a sus deseos, jugaría al golf con él.

Mi superior leyó mi trabajo, soltó un despectivo chillido y la rompió:

—Repítala.

Sentí la tentación de preguntarle en qué me había equivocado, pero como su reacción a mi investigación respecto al destinatario de la carta ya había demostrado, parecía evidente que mi jefe no toleraba las preguntas. Así pues, debería averiguar por mi cuenta qué clase de lenguaje utilizar con el misterioso Adam Johnson.

Pasé las horas siguientes redactando cartas dirigidas al jugador de golf. El señor Saito marcaba el ritmo de mi producción rompiéndolas, sin más comentario que aquel chillido a modo de estribillo. Cada vez me veía obligada a inventar una nueva formulación.

Aquel ejercicio tenía un lado «Hermosa marquesa, vuestros divinos ojos me matan de amor» que no dejaba de tener su encanto. Exploré categorías gramaticales mutantes: «¿Y si Adam Johnson se convirtiera en verbo, próximo domingo en sujeto, jugar al golf en complemento directo y el señor Saito en adverbio? El próximo domingo acepta encantado adamjohnsonizar un jugar al golf señorsaitamente.

¡Chúpate ésta, Aristóteles!».

Empezaba a divertirme cuando me interrumpió mi superior. Rompió la enésima carta sin siquiera leerla y me comunicó que la señorita Mori acababa de llegar.

—Esta tarde trabajará usted con ella. Mientras tanto, tráigame un café.

Ya eran las dos de la tarde. Mis ejercicios epistolares me habían absorbido tanto que ni siquiera se me había ocurrido hacer la más mínima pausa.

Dejé la taza sobre la mesa del señor Saito y me di la vuelta. Una chica alta y grande como un arco se dirigía hacia mí.

Siempre que pienso en Fubuki me viene a la mente el arco nipón, más alto que un hombre. Por eso bauticé la empresa «Yumimoto», es decir: «las cosas del arco».

Y cuando veo un arco, siempre me viene a la mente Fubuki, más alta que un hombre.

—¿La señorita Mori?

—Llámeme Fubuki.

Yo ya no escuchaba lo que me decía. La señorita Mori medía por lo menos un metro ochenta, una altura que pocos varones japoneses alcanzan. Pese a la rigidez nipona a la que tenía que sacrificarse, era una mujer esbelta y absolutamente cautivadora. Pero lo que me dejó de piedra fue el esplendor de su rostro. Ella me hablaba, yo escuchaba el sonido de su voz, dulce y rebosante de inteligencia. Me mostraba los expedientes, me explicaba cuál era su contenido, sonreía. No se daba cuenta de que no la estaba escuchando.

A continuación me invitó a leer los documentos que había reunido sobre mi mesa, situada frente a la suya. Se sentó y se puso a trabajar. Dócilmente, hojeé aquellos papeluchos que ella había preparado para que yo los estudiara. Se trataba de liquidaciones de pago, listados.

Dos metros más allá, el espectáculo de su rostro continuaba siendo cautivador. Inclínados sobre aquellas cifras, sus párpados le impedían percatarse de que la estaba observando. Tenía la nariz más hermosa del mundo, la nariz japonesa, esa nariz inimitable, de inconfundibles y delicadas aletas. No todos los japoneses poseen ese tipo de nariz, pero si alguien la tiene sólo puede ser de origen nipón. Si Cleopatra hubiera tenido una nariz así, la geografía del planeta se habría enterado de lo que vale un peine.

Por la tarde, hubiera resultado mezquino pensar que de nada me habían servido las aptitudes por las que había sido contratada. Al fin y al cabo, lo que yo deseaba era trabajar en una empresa japonesa. Y en eso estaba.

Tenía la sensación de haber pasado una excelente jornada. Los días que siguieron

confirmaron aquella impresión.

Seguía sin saber cuál era mi misión en la empresa; pero no me importaba. Al señor Saito yo le parecía una persona desconcertante; eso todavía me importaba menos. Estaba encantada con mi colega. Su amistad me parecía una razón más que suficiente para pasar diez horas diarias en la compañía Yumimoto.

Su piel, a la vez pálida y mate, era idéntica a la que con tanto acierto describe Tanizaki. Fubuki encarnaba a la perfección la belleza nipona, con la asombrosa excepción de su altura. Su rostro recordaba el «clavel del antiguo Japón», símbolo de la noble doncella de antaño: culminando aquella inmensa silueta, parecía destinado a dominar el mundo.

Yumimoto era una de las mayores empresas del universo. El señor Haneda dirigía el departamento Import-Export, que compraba y vendía todo lo imaginable a través del planeta.

El catálogo Import-Export de Yumimoto era la versión titánica de los inventarios de Prévert: desde ementhal finlandés hasta sosa de Singapur, pasando por fibra óptica canadiense, neumático francés y yute de Togo, nada escapaba a su radio de influencia.

En Yumimoto el dinero superaba lo humanamente imaginable. A partir de cierta acumulación de ceros, los importes abandonaban el dominio de las cifras para entrar en el territorio del arte abstracto. Me preguntaba si, en el seno de la empresa, existía algún ser capaz de alegrarse de haber ganado cien millones de yenes o de lamentar la pérdida de una suma equivalente.

Al igual que los ceros, los empleados de Yumimoto sólo adquirían algún valor cuando se situaban detrás de otras cifras. Todos menos yo, que ni siquiera alcanzaba la categoría de cero.

Los días transcurrían y yo seguía sin servir para nada. Aquello no me molestaba demasiado. Me parecía que se habían olvidado de mí, lo cual no me desagradaba. Sentada ante mi mesa, leía y releía los documentos que Fubuki había puesto a mi disposición. Su carencia de interés era prodigiosa, a excepción de uno, una relación de todos los miembros de la compañía Yumimoto: en él figuraban sus nombres, apellidos, fecha y lugar de nacimiento, nombre del cónyuge eventual y de los hijos con, en cada caso, la fecha de nacimiento.

En sí mismas, aquellas informaciones no contenían ningún elemento especialmente fascinante. Pero cuando uno está hambriento, un mendrugo de pan puede resultar de lo más apetitoso: en el estado de desocupación y de inanición en el que se hallaba mi cerebro, aquella lista me parecía tan succulenta como una revista de chismes. De hecho, eran los únicos papeluchos que entendía.

Para fingir que estaba trabajando en aquellos documentos, decidí aprendérmelos



de memoria. Contenían un centenar de nombres. La mayoría estaban casados y eran padres o madres de familia, lo cual dificultaba todavía más mi tarea.

Estudiaba: mi rostro estaba ora inclinado sobre aquel material, ora erguido para poder recitarlo desde el interior de mi cámara oscura. Cuando levantaba la cabeza, mi mirada siempre se posaba sobre el rostro de Fubuki, sentada frente a mí.

El señor Saito ya no me pedía que escribiera cartas a Adam Johnson ni a nadie. En realidad, ya no me pedía nada, salvo que le llevara cafés.

Nada más normal que, cuando uno empieza a trabajar en una compañía nipona, iniciarse en el *ochakumi* —«la ceremonia del honorable té»—. Ya que era el único papel que me asignaban, me lo tomé con la máxima seriedad.

Rápidamente, aprendí las costumbres de todo el mundo: para el señor Saito, un café corto a las ocho y media en punto. Para el señor Unaji, uno con leche con dos terrones de azúcar a las diez. Para el señor Mizuno, un cubilete de Coca-Cola cada hora. A las cinco de la tarde, un té inglés con un poco de leche para el señor Okada. Para Fubuki, un té verde a las nueve, un café corto a las doce, un té verde a las tres y un último café corto a las siete —siempre me daba las gracias con una educación cautivadora.

Aquella humilde tarea pronto se reveló como el primer instrumento de mi perdición.

Una mañana, el señor Saito me comunicó que el vicepresidente recibía en su despacho la visita de una importante delegación de una firma amiga:

—Café para veinte.

Entré en el despacho del señor Omochi con mi enorme bandeja y estuve mejor que perfecta: serví cada taza con sostenida humildad, salmodiando las más refinadas fórmulas de cortesía, bajando la mirada e inclinándome. Si existía una orden al mérito del *ochakumi*, debería haberme sido concedida.

Unas horas más tarde, la delegación se marchó. La voz atronadora del inmenso señor Omochi gritó:

—¡Saito-san!

Vi al señor Saito levantarse como movido por un resorte, ponerse lívido y correr hacia la guarida del vicepresidente. Los gritos del obeso resonaron detrás de la pared. Aunque no se entendía lo que decía, no parecía tratarse de nada amable.

El señor Saito regresó con el rostro descompuesto. Pensando que pesaba tres veces menos que su agresor, experimenté hacia él un estúpido ataque de ternura. Fue entonces cuando, en tono furioso, me llamó.

Le seguí hasta su despacho vacío. Me habló con una cólera que le hacía

balbucear:

—¡Ha indispuerto profundamente a la delegación de la firma amiga! ¡Ha servido usted el café utilizando fórmulas que sugerían que sabía hablar perfectamente japonés!

—Es que no lo hablo tan mal, Saito-san.

—¡Cállese! ¿Con qué derecho se atreve a defenderse? El señor Omochi está muy enojado con usted. Ha creado un ambiente irrespirable en la reunión de esta mañana: ¿cómo iban a sentirse cómodos nuestros socios ante una blanca que comprendía su idioma? De ahora en adelante, no hablará nunca más japonés.

Le miré con los ojos abiertos como platos:

—¿Perdone?

—Usted ya no sabe japonés. ¿Ha quedado claro?

—¡Pero si Yumimoto me contrató precisamente por mi dominio del japonés!

—Me da igual. Le ordeno que no entienda japonés.

—Eso es imposible. Nadie puede acatar una orden semejante.

—Siempre existe un modo de obedecer. Eso es lo que los cerebros occidentales deberían comprender.

«Ya empezamos», pensé antes de proseguir:

—Quizás el cerebro nipón sea capaz de obligarse a sí mismo a olvidar un idioma. El cerebro occidental carece de esos recursos.

Aquel extravagante argumento pareció convencer al señor Saito.

—Inténtelo de todos modos. O, por lo menos, haga como que lo intenta. He recibido órdenes al respecto. ¿Me ha comprendido?

El tono era seco y tajante.

Cuando regresé a mi despacho, algo debió de notarme Fubuki, ya que me dedicó una mirada dulce y preocupada. Permanecí abatida durante un largo rato, preguntándome qué actitud debía adoptar.

Lo más lógico hubiera sido presentar mi dimisión. Sin embargo, no podía resignarme a semejante posibilidad. Para un occidental, la decisión no habría tenido nada de deshonoroso; para un japonés, en cambio, habría significado una auténtica afrenta. Hacía apenas un mes que formaba parte de la compañía. No obstante, había firmado un contrato por un año. Marcharme ahora, tras un período de tiempo tan corto, habría significado una deshonra, tanto para ellos como para mí.

Además, no tenía ningún deseo de marcharme. Me había costado mucho entrar en aquella empresa: había estudiado la lengua tokyota de los negocios, había tenido que superar varias pruebas. Es cierto que nunca tuve la ambición de convertirme en gran capitán del comercio internacional, pero siempre había experimentado el deseo de vivir en este país, por el cual profesaba un auténtico culto desde los primeros recuerdos idílicos que conservaba de mi niñez.

Me quedaría.

Así pues, tenía que encontrar la manera de obedecer las órdenes del señor Saito. Sondeé mi cerebro a la búsqueda de una capa geológica propicia a la amnesia: ¿existía alguna mazmorra en mi fortaleza neuronal? Por desgracia, el edificio presentaba puntos fuertes y puntos débiles, atalayas y fisuras, boquetes y zanjas, pero ningún rincón donde sepultar un idioma que oía a todas horas a mi alrededor.

Ya que no lograba olvidarlo, ¿podía por lo menos fingir olvidarlo? Si el lenguaje era un bosque, ¿acaso era posible esconder tras las hayas francesas, los tilos ingleses, los robles latinos y los olivos griegos, la inmensidad de las —y nunca mejor dicho— criptomeras niponas?

Mori, el patronímico de Fubuki, significaba bosque. ¿Quizás fue ésa la razón por la cual, en aquel momento, posé sobre ella mi desamparada mirada? Me di cuenta de que continuaba mirándome con expresión interrogativa.

Se levantó y me indicó que la siguiera. En la cocina, me desplomé sobre una silla.

—¿Qué le ha dicho? —me preguntó.

Le abrí mi corazón. Hablaba con voz compulsiva, estaba a punto de llorar. No conseguí contener las palabras peligrosas:

—Odio al señor Saito. Es un cabrón y un imbécil.

Fubuki esbozó una leve sonrisa:

—No. Se equivoca.

—Por supuesto. Usted, usted es amable, usted no se da cuenta de la maldad. Pero, para darme una orden semejante, hay que ser un auténtico...

—Cálmese. La orden no era suya. Él se limitaba a transmitir las instrucciones del señor Omochi. No tenía elección.

—En ese caso, el señor Omochi es un...

—Es alguien muy especial —me interrumpió—. ¿Qué esperaba usted? Es el vicepresidente. Nada podemos hacer.

—Podría hablar con el presidente, el señor Haneda. ¿Qué clase de persona es?

—El señor Haneda es un hombre extraordinario. Es muy inteligente y muy generoso. Lamentablemente, está fuera de discusión que usted pueda exponerle sus quejas.

Sabía que tenía razón. Habría resultado inconcebible saltarse, a contracorriente, ni siquiera uno solo de los niveles jerárquicos —y más todavía saltarse tantos—. Únicamente tenía derecho a dirigirme a mi jefe inmediato, que resultaba ser la señorita Mori.

—Usted es la única que puede ayudarme, Fubuki. Sé que no puede hacer gran cosa por mí. Pero se lo agradezco. Su simple humanidad me reconforta enormemente. Sonrió.

Le pregunté cuál era el ideograma de su nombre. Me enseñó su tarjeta de visita.

Observé los *kanjis* y exclamé:

—¡Tempestad de nieve! Fubuki significa «tempestad de nieve». Es demasiado hermoso llamarse así.

—Nací durante una tempestad de nieve. Mis padres lo consideraron una señal.

La lista Yumimoto volvió a aparecer en mi cabeza: «Mori, Fubuki, nacida en Nara el 18 de enero de 1961...». Era una niña de invierno. De repente, imaginé aquella tempestad de nieve cayendo sobre la sublime ciudad de Nara, sobre las innumerables campanas —¿acaso no resultaba lógico que aquella hermosa joven hubiera nacido el día en el que la belleza del cielo se abatía sobre la belleza de la tierra?

Ella me habló de su infancia en la región de Kansai. Yo le hablé de la mía, que se inició en la misma provincia, no lejos de Nara, en el pueblo de Shukugawa, cerca del monte Kabuto —la evocación de aquellos lugares mitológicos estuvo a punto de hacerme saltar las lágrimas.

—¡Me hace muy feliz que ambas hayamos sido niñas de Kansai! Allí es donde late el corazón del antiguo Japón.

También era aquél el lugar en el que latía mi corazón desde el día en que, a los cinco años, abandoné las montañas niponas con destino hacia el desierto chino. Aquel primer exilio me había marcado tanto que me consideraba capaz de aceptar lo que fuera con tal de regresar a un país del cual, desde hacía tanto tiempo, me consideraba originaria.

Cuando volvimos a nuestras respectivas mesas, frente a frente, seguía sin hallar una solución a mi problema. Sabía menos que nunca cuál era y cuál sería mi sitio en la compañía Yumimoto. Pero me producía un enorme sosiego ser la colega de Fubuki Mori.

Así pues, tenía que transmitir la sensación de estar ocupada sin que eso significara entender ni una sola palabra de lo que se decía a mi alrededor. En adelante, serví las diferentes tazas de café y de té sin la más mínima sombra de una fórmula de cortesía y sin responder a las muestras de agradecimiento de los cuadros. Éstos no estaban al corriente de mis nuevas instrucciones y les sorprendió que la amable *geisha* blanca se hubiera convertido en una persona muda y grosera como una yanqui.

Por desgracia, el *ochakumi* no me ocupaba demasiado tiempo. Decidí, sin pedirle permiso a nadie, distribuir el correo.

Se trataba de arrastrar un enorme carro metálico por los numerosos y gigantescos despachos e ir entregando la correspondencia en cada uno de ellos. Aquel trabajo me iba como anillo al dedo. En primer lugar, requería de mi competencia lingüística, ya que la mayoría de las direcciones estaban redactadas con ideogramas —cuando el señor Saito estaba lejos, yo no disimulaba mi dominio del japonés—. Además,

descubrí que no había memorizado la lista Yumimoto en balde: no sólo podía identificar a todos los empleados, sino también aprovechar mi tarea para, de paso, desearles un feliz cumpleaños, a ellos o a sus esposas e hijos.

Con una sonrisa y una amable reverencia, decía: «Aquí tiene su correo, señor Shirani. Feliz aniversario a su pequeño Yoshiro, que hoy cumple tres años».

Lo que, invariablemente, me valía una mirada de asombro.

Aquel trabajo me ocupaba bastante tiempo, ya que me obligaba a circular por toda la compañía, que se extendía a lo largo de dos plantas. Junto a mi carro, que me confería una agradable sensación de aplomo, debía utilizar constantemente el ascensor. Eso me gustaba, ya que, justo al lado del lugar en el que me situaba mientras esperaba a que llegase, se levantaba un inmenso ventanal. Entonces me dedicaba a jugar a lo que yo denominaba «lanzarme a la calle». Pegaba la nariz contra el cristal del ventanal y, mentalmente, me dejaba caer. La ciudad estaba muy lejos, bajo mis pies: antes de estrellarme contra el suelo, me daba tiempo a ver muchas cosas.

Había encontrado mi vocación. Mi espíritu alcanzaba su plenitud realizando aquel trabajo sencillo, útil, humano y propicio a la contemplación. Me hubiera gustado hacer aquello toda la vida.

El señor Saito me llamó a su despacho. Me tocó recibir un merecido rapapolvo: había sido declarada culpable del grave crimen de iniciativa. Me había atribuido una función sin pedir autorización a mis inmediatos superiores. Además, el auténtico cartero de la empresa, que acudía a su lugar de trabajo por la tarde, estaba al borde de un ataque de nervios, ya que pensaba que estaban a punto de despedirle.

—Robarle el trabajo a alguien es una acción despreciable —me dijo, con razón, el señor Saito.

Lamenté muchísimo tener que ver interrumpida, en tan poco tiempo, una carrera tan prometedora. Por si eso fuera poco, volvía a plantearse el problema de mi actividad.

Tuve entonces una idea que, ingenua de mí, me pareció brillante: en el transcurso de mis idas y venidas por la empresa había observado que cada despacho incluía la presencia de numerosos calendarios, que casi nunca estaban al día, ya fuera porque el pequeño marco rojo y móvil no había sido desplazado sobre la fecha correcta, ya fuera porque la página del mes en curso no había sido vuelta.

En esta ocasión, no olvidé pedir permiso:

—¿Puedo poner al día los calendarios, señor Saito?

Me contestó que sí sin pensar en las consecuencias. Consideré que ya tenía un trabajo.

Por la mañana, visitaba todos los despachos y desplazaba el pequeño marco rojo

hasta la fecha idónea. Tenía un puesto de trabajo: era desplazadora-volteadora de calendarios.

Poco a poco, los miembros de Yumimoto se dieron cuenta del lío que me traía entre manos. Y reaccionaron con creciente hilaridad.

Me preguntaban:

—¿Se encuentra bien? ¿No le cansa demasiado este agotador ejercicio?

Yo respondía con una sonrisa:

—Es terrible. Tengo que tomar vitaminas.

Me gustaba mi trabajo. Tenía el inconveniente de ocuparme poco tiempo, pero me permitía utilizar el ascensor y, por consiguiente, lanzarme a la calle. Además, mi público se divertía conmigo.

En lo que a este aspecto de mi trabajo se refiere, el momento culminante coincidió con el paso del mes de febrero al mes de marzo. Aquel día no bastaba con desplazar el pequeño marco rojo: era necesario dar la vuelta, e incluso arrancar la página de febrero.

Los empleados de los distintos despachos me recibieron como quien recibe a un deportista. Con exagerados gestos de samurái, asesiné los meses de febrero simulando mímicamente una lucha sin cuartel contra la fotografía gigante del nevado monte Fuji, que ilustraba aquel periodo del calendario Yumimoto. Luego, con expresión agotada, abandoné el campo de batalla con el orgullo sobrio de los guerreros victoriosos, entre los *banzais* de los entusiastas comentaristas.

El rumor de mis proezas llegó a oídos del señor Saito. Yo esperaba recibir una monumental reprimenda por mis payasadas. Pero había preparado mi defensa:

—Usted me autorizó a actualizar los calendarios —empecé diciendo antes incluso de que él pudiera desahogar su cólera.

Me respondió sin ninguna acritud, con su simple y habitual tono de descontento:

—Es cierto. Puede usted continuar. Pero no organice más espectáculos: desconcentra a los empleados.

Me sorprendió la levedad del rapapolvo. El señor Saito continuó:

—Fotocópieme esto.

Me entregó un enorme legajo de hojas de formato A4. Había por lo menos mil.

Depositó el legajo sobre el cajón de introducción automática de la fotocopidora, que efectuó su trabajo con una rapidez y corrección ejemplares. Le llevé las copias y el legajo original a mi superior.

Me llamó de nuevo:

—Sus fotocopias están ligeramente descentradas —me dijo mostrándome una de las hojas—. Repítalas.

Regresé a la fotocopidora pensando que quizás había situado mal las páginas sobre el cajón de introducción automática. Esta vez, las deposité con sumo cuidado:

el resultado fue impecable. Llevé mi obra al señor Saito.

—Vuelven a estar descentradas —dijo.

—¡No es cierto! —exclamé.

—Hablarle así a un superior resulta terriblemente grosero.

—Usted perdone. Pero he procurado que las fotocopias salieran perfectas.

—Pues no lo están. Mire.

Me mostró una hoja, que me pareció irreprochable.

—¿Cuál es el defecto?

—Aquí, fíjese: el paralelismo con el borde no es perfecto.

—¿Le parece que no es perfecto?

—¿Acaso no se lo estoy diciendo?

Tiró el legajo a la papelera y continuó:

—¿Utiliza el cajón de introducción automática?

—Por supuesto.

—Ahí tiene la explicación. No hay que utilizarlo. No es lo bastante preciso.

—Señor Saito, sin utilizar el cajón de introducción automática, necesitaría horas para terminarlas.

—¿Y cuál es el problema? —sonrió—. Precisamente, lo que le sobran son horas.

Entonces comprendí que aquél era el castigo por el asunto de los calendarios.

Me instalé junto a la fotocopidora como un condenado a galeras. Tenía que levantar cada vez la tapa, situar cuidadosamente la página, pulsar la tecla y examinar el resultado. Había llegado a mi ergástulo a las tres de la tarde. A las siete, todavía no había terminado. Algunos empleados se acercaban de vez en cuando: si tenían que hacer más de diez copias, les rogaba humildemente que utilizaran la otra máquina, situada al fondo del pasillo.

Eché una ojeada al contenido de lo que estaba fotocopiando. Casi me muero de la risa al comprobar que se trataba del reglamento del club de golf del que el señor Saito era socio.

Al cabo de un rato, no obstante, me entraron ganas de llorar pensando en los pobres árboles inocentes que mi superior despilfarraba sólo para castigarme. Imaginaba los bosques del Japón de mi infancia, arces, criptomeras y ginkgos arrasados con la única finalidad de castigar a un ser tan insignificante como yo. Y recordaba que el apellido de Fubuki significaba bosque.

Fue entonces cuando apareció el señor Tenshi, que dirigía el departamento de productos lácteos. Tenía el mismo grado que el señor Saito, el cual, a su vez, estaba al frente del departamento de contabilidad general. Lo miré con sorpresa: un cargo de su importancia como él, ¿acaso no delegaba en alguien la tarea de hacer fotocopias?

Respondió a mi pregunta muda:

—Son las ocho. Soy el único de mi oficina que todavía trabaja. Dígame, ¿por qué

no utiliza el cajón de introducción automática?

Con una humilde sonrisa, le conté que seguía instrucciones expresas del señor Saito.

—Me hago cargo —dijo con una voz llena de sobreentendido.

Pareció reflexionar un momento y luego me preguntó:

—Usted es belga, ¿verdad?

—Sí.

—Qué casualidad. Estoy trabajando en un proyecto muy interesante con su país. ¿Aceptaría estudiar unos asuntos para mí?

Le miré como se mira a un mesías. Me contó que una cooperativa belga había desarrollado un nuevo procedimiento para suprimir la materia grasa de la mantequilla.

—Creo en la mantequilla ligera —dijo—. Es el futuro.

Me inventé una opinión a bote pronto:

—¡Siempre lo he pensado!

—Venga a verme mañana a mi despacho.

Terminé mis fotocopias en estado de trance. Una gran carrera se abría ante mí. Deposité el legajo de hojas A4 sobre la mesa del señor Saito y me marché, triunfante.

A la mañana siguiente, cuando llegué a la compañía Yumimoto, Fubuki me dijo en tono temeroso:

—El señor Saito desea que repita las fotocopias. Dice que están descentradas.

Solté una carcajada y le conté a mi colega el juegucito con el que nuestro jefe parecía entretenerse conmigo.

—Estoy convencida de que ni siquiera se ha tomado la molestia de mirar las fotocopias nuevas. Las he hecho una por una, calibrando al milímetro. No sé cuántas horas tardé en hacerlas, ¡y todo por un reglamento de golf!

Fubuki compartió mis quejas con indignada dulzura:

—¡La está torturando!

La tranquilicé:

—No se preocupe. Si eso le divierte...

Regresé a la fotocopidora, con la que ya empezaba a unirme una estrecha relación, y le encomendé el trabajo al cajón de introducción automática: estaba segura de que el señor Saito clamaría su veredicto sin mirar siquiera mi trabajo. Esboqué una sonrisa emocionada al recordar a Fubuki: «¡Es tan amable! ¡Menos mal que la tengo a ella!».

En el fondo, el nuevo alarde del señor Saito no podía llegar en mejor momento: el día anterior había pasado más de siete horas efectuando, una por una, las mil fotocopias. Aquello me proporcionaba una excelente coartada para las horas que tenía



previsto pasar en el despacho del señor Tenshi. El cajón de introducción automática terminó mi tarea en unos diez minutos. Le llevé el legajo y corrí hasta el departamento de productos lácteos.

El señor Tenshi me entregó las señas de la cooperativa belga:

—Necesitaría un informe completo, lo más detallado posible, sobre esa nueva mantequilla ligera. Puede utilizar la mesa del señor Saitana: está en viaje de negocios.

Tenshi significa «ángel»: pensé que el señor Tenshi llevaba su apellido a las mil maravillas. No sólo me brindaba una oportunidad, sino que, además, no me daba ninguna instrucción: me dejaba, pues, carta blanca, un hecho que, en Japón, resulta absolutamente excepcional. Y había tomado aquella iniciativa sin consultar con nadie: era un enorme riesgo para él.

Yo era consciente de ello. Por eso experimenté hacia el señor Tenshi una inmediata entrega sin límites —la devoción que todo japonés le debe a su jefe y que había sido incapaz de mostrar por el señor Saito y el señor Omochi—. De repente, el señor Tenshi se había convertido en mi comandante, en mi capitán de guerra: estaba dispuesta a batirme por él hasta el final, como un samuray.

Me impliqué de lleno en la batalla de la mantequilla ligera. La diferencia horaria no me permitía telefonar a Bélgica en aquel momento: comencé, pues, investigando en algunos centros de consumo nipones y otras instituciones sanitarias para averiguar de qué modo evolucionaban los hábitos alimentarios de la población respecto a la mantequilla y qué influencia tenían dichos cambios sobre los niveles nacionales de colesterol. La conclusión fue que los japoneses consumían cada vez más mantequilla y que la obesidad y las enfermedades cardiovasculares no dejaban de ganar terreno en el país del Sol Naciente.

Cuando me lo permitió la hora, llamé a la pequeña cooperativa belga. Al otro lado del hilo telefónico, el fuerte acento de mi tierra me conmovió más que nunca. Mi compatriota, halagado de estar comunicándose con Japón, demostró una competencia intachable. Diez minutos más tarde, recibí veinte páginas por fax exponiendo, en francés, el nuevo proceso de aligeramiento de la mantequilla, cuyos derechos eran propiedad de la cooperativa.

Redacté el informe del siglo. Empezaba con un estudio de mercado: consumo de mantequilla entre los japoneses, adelantos desde 1950, evolución paralela de los problemas de salud debido a la excesiva absorción de grasa mantecosa. A continuación, describí los antiguos procesos de aligeramiento de la mantequilla, la nueva técnica belga, sus considerables ventajas, etc. Como tenía que redactarlo todo en inglés, me llevé trabajo a casa: necesitaba mi diccionario para términos científicos. Pasé la noche en blanco.

A la mañana siguiente, llegué a la empresa Yumimoto con dos horas de antelación para mecanografiar el informe y entregárselo al señor Tenshi sin por ello tener que

llegar tarde a mi lugar de trabajo en el despacho del señor Saito.

Éste no tardó en llamarme:

—He revisado las fotocopias que ayer por la noche dejó sobre mi mesa. Progresan usted, pero todavía no son perfectas. Repítalas.

Y tiró el legajo a la papelera.

Incliné la cabeza y cumplí la orden. Me resultaba difícil contener la risa.

El señor Tenshi vino a reunirse conmigo junto a la fotocopidora. Me felicitó con todo el calor que le permitía su educación y su respetuosa reserva:

—Su informe es excelente y lo ha redactado usted a una velocidad extraordinaria. ¿Desea que, en una próxima reunión, haga pública la identidad de su autor?

Era un hombre de una rara generosidad: si se lo hubiera pedido, habría sido capaz de cometer una infracción profesional.

—Ni se le ocurra, señor Tenshi. Eso podría suponer su ruina y también la mía.

—Tiene usted razón. No obstante, en el transcurso de las próximas reuniones podría sugerirles a los señores Saito y Omochi que usted podría resultarme útil. ¿Cree que el señor Saito se molestaría?

—Al contrario. Fíjese en los montones de fotocopias inútiles que me encarga hacer sólo para alejarme el mayor tiempo posible de su despacho: está claro que desea perderme de vista. Estaría encantado de que usted le facilitara las cosas: no me soporta.

—¿Entonces no se sentirá usted ofendida si me atribuyo la paternidad de su informe?

Su actitud me dejaba atónita: no tenía ninguna obligación de mostrarse tan atento con una empleadilla como yo.

—Sepa usted, señor Tenshi, que supone un gran honor para mí que desee atribuírselo.

Nos despedimos sintiendo una alta estima mutua. Afrontaba el porvenir con confianza. Pronto se habrían terminado las absurdas vejaciones del señor Saito, la fotocopidora y la prohibición de hablar mi segunda lengua.

El drama estalló al cabo de unos días. Fui convocada al despacho del señor Omochi: acudí sin la menor aprensión, ignorando lo que quería de mí.

Cuando penetré en la guarida del vicepresidente, vi al señor Tenshi sentado en una silla. Se dio la vuelta hacia mí y me sonrió: fue la sonrisa más llena de humanidad que había tenido la oportunidad de ver en mi vida. Parecía decir: «Vamos a vivir una experiencia abominable, pero vamos a vivirla juntos».

Creía saber lo que era una bronca. Lo que tuve que vivir me demostró hasta qué punto estaba equivocada. El señor Tenshi y yo fuimos el blanco de toda clase de gritos insensatos. Todavía me pregunto qué era peor, si el fondo o la forma.

El fondo resultaba increíblemente insultante. Mi compañero de infortunio y yo tuvimos que escuchar cómo nos llamaban de todo: éramos unos traidores, unos inútiles, unas serpientes, unos malvados y —el colmo de la injuria— unos individualistas.

La forma explicaba numerosos aspectos de la historia nipona: para que cesaran aquellos odiosos gritos, habría sido capaz de lo peor: de invadir Manchuria, de perseguir a miles de chinos, de suicidarme en nombre del Emperador, de estrellar mi avión sobre un acorazado americano, quizás incluso de trabajar para dos empresas Yumimoto.

Lo más doloroso era ver a mi benefactor humillado por culpa mía. El señor Tenshi era un hombre inteligente y concienzudo: se había arriesgado mucho por mí, con pleno conocimiento de causa. Ningún interés personal había guiado su iniciativa: había actuado por simple altruismo. Como recompensa a su bondad, le arrastraban por el fango.

Intentaba imitarle: bajaba la cabeza y encogía regularmente los hombros. Su rostro expresaba sumisión y vergüenza. Yo seguía su ejemplo. Hasta que, dirigiéndose a él, el obeso dijo:

—¡Su único objetivo ha sido sabotear la compañía!

En mi cabeza, todo ocurrió muy deprisa: aquel incidente no debía comprometer la futura ascensión de mi ángel de la guarda. Me lancé bajo el rugiente chorro de los gritos del vicepresidente:

—El señor Tenshi no ha intentado sabotear la compañía. Fui yo quien le suplicó que me encargara el informe. Soy la única responsable.

Sólo me dio tiempo a ver la mirada horrorizada de mi compañero de infortunio volviéndose hacia mí. En sus ojos pude leer: «¡Por lo que más quiera: cállese!» — demasiado tarde, por desgracia.

El señor Omochi permaneció un instante boquiabierto antes de acercarse a mí y gritarme en pleno rostro:

—¡Se atreve a defenderse!

—No, al contrario, me rindo, asumo todas las culpas. Es a mí y sólo a mí a quien debe castigar.

—¡Se atreve a defender a esta serpiente!

—El señor Tenshi no necesita que nadie le defienda. Las acusaciones son falsas.

Vi cómo mi benefactor cerraba los ojos y comprendí que acababa de pronunciar las palabras irreparables.

—¿Se atreve a insinuar que mis palabras son falsas? ¡Su grosería supera todo lo imaginable!

—Nunca me atrevería a tanto. Me limito a opinar que el señor Tenshi les ha contado falsedades con el objetivo de preservar mi inocencia.

Con cara de estar pensando que, llegados a aquel punto, nada teníamos que temer, mi compañero de infortunio tomó la palabra. Toda la mortificación del mundo resonaba en su voz:

—Se lo suplico, no se lo tengan en cuenta, no sabe lo que dice, es occidental, es joven, carece de experiencia. He cometido una falta indefendible. Mi vergüenza no tiene límites.

—¡En efecto, lo que ha hecho no tiene excusa! —vociferó el obeso.

—Aunque la infracción que he cometido sea grave, sin embargo me gustaría subrayar la calidad del informe redactado por Amélie-san, y la extraordinaria premura con que lo ha redactado.

—¡No estamos hablando de eso! ¡Este trabajo debía realizado el señor Saitama!

—Estaba en viaje de negocios.

—Haber esperado a su regreso.

—Esta nueva mantequilla ligera es, probablemente, ansiada por muchos otros, además de por nosotros. Esperar a que el señor Saitama regresara de su viaje y redactara el informe habría podido suponer que se nos adelantaran.

—¿No estará poniendo en duda la calidad del trabajo del señor Saitama, por casualidad?

—En absoluto. Pero el señor Saitama no habla francés y no conoce Bélgica. Habría tenido muchas más dificultades que Amélie-san.

—Cállese. Su odioso pragmatismo es digno de un occidental.

Me parecía un poco fuerte que aquellas palabras se pronunciaran ante mis propias narices y sin el más mínimo recato.

—Perdone usted mi indignidad occidental. Hemos cometido una falta, de acuerdo. Pero eso no significa que no puedan sacar algún beneficio de nuestro error...

El señor Omochi se acercó a mí con unos ojos terroríficos que interrumpieron mi frase:

—Entérese: éste ha sido su primer y último informe. Está usted en muy mala situación. ¡Salga de aquí! ¡Fuera de mi vista!

No tuvieron que repetírmelo. En el pasillo, continué escuchando los gritos de aquella montaña de carne y el silencio compungido de la víctima. Hasta que la puerta se abrió y el señor Tenshi se reunió conmigo. Nos dirigimos juntos hacia la cocina, aplastados por las injurias que habíamos tenido que soportar.

—Perdóneme por haberla mezclado en esta historia —me dijo finalmente.

—¡Por favor, señor Tenshi, no se excuse usted! Le estaré eternamente agradecida. Es usted el único que me ha dado una oportunidad. Ha sido muy valiente y generoso por su parte. Ya había tenido ocasión de comprobarlo, pero me lo ha confirmado todavía más tras ver la que acaba de caerle encima. Los ha subestimado usted: no

debería haberles dicho que el informe era mío.

Me miró con asombro:

—Yo no se lo he dicho. Recuerde nuestra conversación: esperaba comentárselo en privado al señor Haneda, con discreción: era mi única oportunidad de conseguir algo. Diciéndoselo al señor Omochi, sólo podíamos precipitar la catástrofe.

—¿Entonces quién se lo contó al vicepresidente? ¿El señor Saito? ¡Menudo cabrón imbécil: podría haberme quitado de en medio haciéndome feliz, pero no, ha tenido que...!

—No hable tan mal del señor Saito. Es mejor de lo que usted cree. Y no ha sido él quien nos ha denunciado. He visto la nota que había encima de la mesa del señor Omochi, he visto quién la ha escrito.

—¿El señor Saitama?

—No. ¿De verdad quiere que se lo diga?

—¡Por supuesto!

Suspiró:

—La nota iba firmada por la señorita Mori.

Fue como si me golpearan la cabeza con una maza:

—¿Fubuki? Imposible.

Mi compañero de infortunio guardó silencio.

—¡No me lo creo! —continuó—. Seguro que ese traidor de Saito le ordenó escribir la nota, ¡ni siquiera tiene agallas para denunciarme él, delega en otros sus chivatazos!

—Se equivoca usted respecto al señor Saito: está entre la espada y la pared, acomplejado, es un poco obtuso, pero no es mala persona. Nunca nos habría entregado a la cólera del vicepresidente.

—¡Fubuki sería incapaz de hacer algo así!

El señor Tenshi se limitó a suspirar de nuevo.

—¿Por qué haría una cosa semejante? —continuó—. ¿Acaso le odia a usted?

—Oh, no. No lo ha hecho para perjudicarme a mí. Al fin y al cabo, esta historia le perjudica más a usted que a mí. Yo no he perdido nada. Usted, en cambio, pierde posibilidades de ascenso por mucho, mucho tiempo.

—¡No comprendo lo que me está diciendo! Ella siempre me ha dado muestras de amistad.

—Sí. Mientras su tarea consistía en actualizar calendarios y fotocopiar el reglamento de un club de golf.

—¡Pero era imposible que yo ocupara su sitio!

—En efecto. Ese aspecto no le preocupaba lo más mínimo.

—¿Y entonces, por qué me ha denunciado? ¿Qué daño podía hacerle trabajando para usted?

—Durante años, la señorita Mori ha tenido que sufrir mucho hasta conseguir el cargo que ocupa actualmente. No hay duda de que debió parecerle inadmisibile que usted gozara de un ascenso semejante llevando apenas diez semanas en la compañía Yumimoto.

—No me lo puedo creer. Sería demasiado miserable por su parte.

—Lo único que puedo decirle es que es cierto que sufrió mucho durante sus primeros años aquí.

—¡Y por eso quiere que yo pase por lo mismo! Es demasiado lamentable. Tengo que hablar con ella.

—¿Está usted segura?

—Totalmente. ¿Cómo quiere que las cosas se arreglen sin hablar?

—Hace un rato, ha hablado usted con el señor Omochi, que nos ha sometido a una avalancha de insultos. ¿Le parece que eso ha resuelto algo?

—Lo que es seguro es que si no se habla no existe ninguna posibilidad de resolver el problema.

—Lo que me parece más probable es que, si se habla, se corre el riesgo de empeorar todavía más la situación.

—Tranquilícese, no le mezclaré en este asunto. Pero tengo que hablar con Fubuki. Necesito sacar la rabia que llevo dentro.

La señorita Mori acogió mi proposición con un aire de sorprendida cortesía. Me siguió. La sala de reuniones estaba vacía. Tomamos asiento.

Empecé con una voz suave y serena:

—Creía que éramos amigas. No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende?

—¿Acaso niega que me ha denunciado?

—No tengo nada que negar. Me he limitado a aplicar el reglamento.

—¿Para usted el reglamento es más importante que la amistad?

—Amistad quizás sea una palabra excesiva. Yo hablaría más bien de «buena relación entre colegas».

Pronunciaba aquellas horribles frases con una calma ingenua y afable.

—Ya. ¿Cree usted que nuestras relaciones van a continuar siendo buenas después de su actitud?

—Si me pide perdón, no le guardaré rencor.

—Veo que no le falta humor, Fubuki.

—Es increíble. Se comporta como si usted fuera la ofendida cuando acaba de cometer una falta grave.

Cometí el error de responder con una réplica eficaz:

—Es curioso. Creía que los japoneses eran diferentes a los chinos.

Me miró sin comprender. Continué:

—Sí. La delación no tuvo que esperar al comunismo para convertirse en un valor chino. Y, todavía hoy, los chinos de Singapur, por ejemplo, animan a sus hijos a denunciar a sus pequeños camaradas. Creía que los japoneses tenían sentido del honor.

La había ofendido, sin duda, y eso constituía un error de estrategia.

Sonrió:

—¿Cree usted que está en posición de darme lecciones morales?

—¿En su opinión, Fubuki, por qué cree que deseaba hablar con usted?

—Por inconsciencia.

—¿No se le ha ocurrido pensar que se trataba de un intento de reconciliación?

—De acuerdo. Pídamme perdón y estaremos en paz.

Suspiré:

—Es usted inteligente y lista. ¿Por qué finge no comprenderme?

—No sea pretenciosa. Se siente usted acorralada con mucha facilidad.

—Peor para mí. En ese caso, comprenderá usted mi indignación.

—La comprendo y la desapruedo. Soy yo la que tenía motivos para estar indignada por culpa de su actitud. Usted ha intrigado para conseguir un ascenso al que no tenía ningún derecho.

—De acuerdo. No tenía ningún derecho. Concretamente, ¿qué puede eso importarle? Mi suerte no le perjudicaba en lo más mínimo.

—Tengo veintinueve años, usted veintidós. Ocupo mi cargo desde el año pasado. He luchado durante mucho tiempo para conseguirlo. ¿Y usted creía que iba a lograr un cargo similar en tan sólo unas semanas?

—¡Conque era eso! Necesita que sufra. No soporta la suerte ajena. ¡Es necia!

Soltó una risita de desprecio:

—¿Y agravar su caso como lo está haciendo le parece una prueba de madurez? Soy su superiora. ¿Cree usted que tiene derecho a hablarme en este tono grosero?

—Es usted mi superiora, sí. No tengo ningún derecho, lo sé. Pero quería que supiera hasta qué punto me siento decepcionada. La tenía a usted en muy alta estima.

Soltó una carcajada elegante:

—Yo no me siento decepcionada. No sentía ninguna estima por usted.

A la mañana siguiente, al llegar a la compañía Yumimoto, la señorita Mori me comunicó mi nuevo destino:

—No cambiaré de departamento, trabajaré aquí mismo, en contabilidad.

Sentí deseos de echarme a reír:

—¿Contable yo? ¿Y por qué no trapeicista?

—Contable quizás sea una palabra excesiva. No la veo capaz de ser contable —

dijo con una sonrisa piadosa.

Me mostró un enorme cajón dentro del cual se amontonaban las facturas de las últimas semanas. Luego me señaló un armario en el que se ordenaban enormes clasificadores, cada uno de los cuales llevaba marcadas las siglas de uno de los once departamentos de Yumimoto.

—Su trabajo no puede ser más sencillo y, por lo tanto, está totalmente al alcance de sus posibilidades —me dijo con expresión pedagógica—. Primero deberá clasificar las facturas por orden de fecha. Luego, determinará a qué departamento corresponden. Tomemos ésta, por ejemplo: once millones para ementhal finlandés, vaya, que casualidad más divertida, corresponde al departamento de productos lácteos. Coge usted el libro mayor y vuelve a copiar, en cada columna, la fecha, el nombre de la empresa y el importe. Una vez consignadas y clasificadas, archiva las facturas en este cajón.

Había que admitir que aquello no era difícil. Manifesté mi sorpresa:

—¿No está informatizado?

—Sí: a finales de mes, el señor Unaji introduce todas las facturas en el ordenador. Bastará con que copie los datos que usted le entregue: eso le ocupará muy poco tiempo.

Los primeros días, a veces tenía dudas respecto a qué clasificador de facturas elegir. Consultaba mis dudas con Fubuki, que me respondía con irritada educación:

—Reming ltd ¿a qué se dedica?

—Metales no ferrosos. Sección MM.

—¿Y Gunzer GMBH?

—Productos químicos. Sección CP.

Rápidamente, me aprendí al dedillo todas las empresas y sus correspondientes secciones. La tarea me parecía cada vez más fácil. Era de un aburrimiento absoluto, lo que no me, resultaba desagradable, ya que me permitía ocupar mis pensamientos en otras cosas. De este modo, consignando facturas, a menudo podía levantar la cabeza para entregarme a un momento de ensoñación admirando el hermoso rostro de mi delatora.

Las semanas transcurrían y yo estaba cada vez más tranquila. Yo lo denominaba la serenidad facturadora. No existían tantas diferencias entre el trabajo de monje amanuense, en la Edad Media, y el mío: pasaba días enteros copiando letras y cifras. Mi cerebro no había estado tan poco solicitado en toda su vida, y descubría una extraordinaria tranquilidad. Aquello era el zen de los libros de cuentas. Me sorprendía pensando que no habría tenido ningún inconveniente en dedicar cuarenta años de mi existencia a aquel voluptuoso embrutecimiento.

Y pensar que había sido lo bastante estúpida para hacer estudios superiores. En cambio, nada menos intelectual que mi cerebro alcanzando su plenitud entre la



estupidez repetitiva. Ahora lo sabía: vivía bajo la advocación de las órdenes contemplativas. Anotar cifras contemplando la belleza, aquello era la felicidad.

Fubuki tenía razón: me había equivocado al seguir el camino del señor Tenshi. Había redactado aquel informe para nada. Mi espíritu no pertenecía a la raza de los conquistadores, sino a la especie de las vacas que pacen en las praderas de las facturas esperando la llegada del tren de gracia. ¡Qué hermoso era vivir sin orgullo y sin inteligencia! Hibernaba.

A final de mes, el señor Unaji llegó para informatizar mi trabajo. Necesitó dos días para volver a copiar mis columnas de cifras y letras. Me sentía ridículamente orgullosa de haberme convertido en un eficaz engranaje de la cadena.

El azar —¿o acaso fue el destino?— quiso que dejara para el final el libro CP. Como ya había ocurrido con los diez libros de cuentas anteriores, empezó a aporrear su teclado sin rechistar. Unos minutos más tarde, le oí exclamar:

—¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer!

Daba la vuelta a las hojas con un frenesí cada vez mayor. Luego le entró un ataque de risa que, lentamente, se transformó en una sucesión de entrecortados chillidos. Los cuarenta miembros de la gigantesca oficina lo miraban con estupor.

Yo me sentía fatal.

Fubuki se levantó y corrió hacia él. Él, gritando de risa, le mostró numerosos pasajes del libro. Ella se dio la vuelta hacia mí. No compartía la patológica hilaridad de su colega. Pálida, me llamó.

—¿Qué significa esto? —me preguntó mostrándome una de las líneas incriminadas.

Leí:

—Pues una factura de la GMBH de fecha...

—¿GMBH? ¿GMBH? —se enfureció.

Los cuarenta miembros de la sección de contabilidad rompieron a reír. Yo no entendía nada.

—¿Podría usted explicarme qué significa GMBH? —preguntó mi superiora cruzándose de brazos.

Los gritos de hilaridad se redoblaron.

—¿No se ha fijado que GMBH siempre viene precedido de uno o varios nombres? —continuó Fubuki.

—Sí. Supongo que se trata de sus diversas filiales. Me pareció mejor no cargar el clasificador de facturas con esos detalles.

Incluso el señor Saito, habitualmente contenido, daba rienda suelta a su creciente hilaridad. Fubuki, mientras tanto, seguía sin reírse. Su rostro expresaba la más terrible de las cóleras contenidas. Si hubiera podido abofetearme, lo habría hecho. Con una

voz cortante como un sable, me lanzó:

—¡Idiota! Sepa usted que GMBH es el equivalente alemán del inglés ltd, del francés S.A. ¡Las empresas que, con tanta brillantez, usted ha fusionado bajo la denominación de GMBH no tienen nada que ver unas con otras! ¡Es como si se le hubiera ocurrido limitarse a escribir ltd para denominar a todas las empresas americanas, inglesas y australianas con las que mantenemos relaciones! ¿Cuánto tiempo necesitará para corregir sus errores?

Elegí la defensa más estúpida:

—¡Qué ocurrencia por parte de los alemanes, elegir tantas siglas para algo tan simple como una S.A.!

—¡Eso es! ¿Que usted sea estúpida también es culpa de los alemanes?

—Cálmese, Fubuki, yo no podía saberlo...

—¿No podía? ¿Su país tiene una frontera con Alemania y no puede usted saber lo que nosotros, que vivimos en el otro extremo del planeta, sabemos?

Estuve a punto de soltar una atrocidad que, gracias a Dios, me guardé para mí: «¡Bélgica quizás tenga una frontera con Alemania, pero, durante la última guerra, Japón tuvo algo más que una frontera en común con Alemania!».

Me limité a bajar la cabeza, derrotada.

—¡No se quede ahí parada! ¡Vaya a buscar las facturas que, por culpa de sus luces, ha clasificado en el apartado de química durante un mes!

Cuando abrí el cajón, casi sentí deseos de reír al comprobar que, debido a mi forma de archivar, los clasificadores de productos químicos habían alcanzado proporciones desorbitadas.

El señor Unaji, la señorita Mori y yo nos pusimos manos a la obra. Necesitamos tres días para poner en orden los once clasificadores. No atravesaba por mi mejor momento cuando estalló un acontecimiento todavía más grave.

El primer síntoma lo constituyó un temblor en los enormes hombros del valeroso Unaji: aquello significaba que iba a empezar a reírse. La vibración se contagió a su pecho y, a continuación, a su garganta. La risa surgió finalmente y me puso la carne de gallina.

Fubuki, ya pálida de rabia, preguntó:

—¿Qué ha hecho esta vez?

El señor Unaji le enseñó por un lado la factura y por el otro el libro de cuentas.

Se tapó la cara con las manos. Tuve ganas de vomitar pensando en la que se me venía encima.

Fueron pasando las páginas y cotejando diferentes facturas. Fubuki acabó agarrándome por el brazo: sin decir palabra, me enseñó el importe que mi inimitable escritura había copiado.

—En cuanto hay más de cuatro ceros seguidos, ¡es usted incapaz de copiar

correctamente! ¡Añade o quita por lo menos un cero cada vez!

—Pues ahora que lo dice...

—¿Se da usted cuenta de lo que esto significa? ¿Cuántas semanas vamos a necesitar ahora para detectar sus errores y corregirlos?

—Con tantos ceros, no resulta fácil...

—¡Cállese!

Agarrándome por el brazo, me arrastró hacia fuera. Entramos en un despacho vacío y cerró la puerta.

—¿No le da vergüenza?

—Lo siento —dije lastimeramente.

—¡No, no lo siente! ¿Cree que me chupo el dedo? ¡Ha cometido usted todos estos errores incalificables sólo para vengarse de mí!

—¡Le juro que no!

—Ya lo veo. Está usted resentida conmigo por haberla denunciado al vicepresidente por el asunto de los productos lácteos y ha decidido dejarme en ridículo ante todo el mundo.

—Yo soy la que queda en ridículo, no usted.

—Yo soy su superiora directa y todo el mundo sabe que yo le asigné este puesto. Soy yo, pues, quien es responsable de sus actos. Y usted lo sabe. Se comporta de un modo tan rastrero como los demás occidentales: antepone su vanidad personal a los intereses de la empresa. Para vengarse de mi actitud con usted, no ha dudado en sabotear la contabilidad de Yumimoto, ¡sabiendo perfectamente que sus errores recaerían sobre mí!

—¡No lo sabía y no cometí esos errores adrede!

—¡Venga! Ya sé que no es usted demasiado inteligente. No obstante, ¡nadie podría ser tan estúpido como para cometer semejantes errores!

—Sí: yo.

—¡Basta! Sé que está usted mintiendo.

—Fubuki, le doy mi palabra de honor de que no he copiado mal adrede.

—¿Palabra de honor? ¿Qué sabe usted de honor?

Rió con desprecio.

—Sepa que en occidente el honor también existe.

—¡Ah! ¿Y le parece honorable admitir sin recato alguno que es usted la última de las imbéciles?

—No creo que sea tan estúpida.

—Eso habría que verlo; o es usted una traidora, o es usted una retrasada: no existe una tercera posibilidad.

—Sí, hay otra: yo. Existe gente normal que se muestra incapaz de copiar columnas de cifras.

—En Japón ese tipo de persona no existe.

—¿Y quién se atrevería a poner en duda la superioridad japonesa? —dije adoptando un aire compungido.

—Si pertenece usted a la categoría de los disminuidos psíquicos, hábrmelo dicho en lugar de permitir que le confiara esta tarea.

—Ignoraba que perteneciera a esa categoría. En mi vida había copiado columnas de cifras.

—De todos modos, se trata de una curiosa deficiencia. Transcribir estas cantidades no requiere de ninguna inteligencia.

—Precisamente: creo que ése es el problema de las personas de mi especie. Si nuestra inteligencia no interviene, nuestro cerebro se duerme. De ahí mis errores.

El rostro de Fubuki abandonó finalmente su expresión de combate para adoptar una divertida sorpresa:

—¿Su inteligencia necesita ser estimulada? ¡Menuda excentricidad!

—De lo más vulgar.

—Bueno. Ya se me ocurrirá algún trabajo que requiera inteligencia —repitió mi superiora, que parecía divertirse con aquella manera de hablar.

—Mientras tanto, ¿puedo marcharme a ayudar al señor Unaji a corregir mis faltas?

—¡Ni hablar! ¡Ya ha provocado bastantes desastres!

Ignoro cuánto tiempo necesitó mi infeliz colega para restablecer el orden en los archivadores desfigurados por mi culpa. Pero la señorita Mori necesitó dos días para encontrar una ocupación a mi medida.

Una enorme carpeta clasificadora me aguardaba sobre la mesa.

—Comprobará usted las notas de gastos de viaje —me dijo.

—¿Más contabilidad? Ya le avisé de mis limitaciones.

—Esto no tiene nada que ver. Este trabajo requerirá de su inteligencia —precisó con una sonrisa burlona.

Abrió la carpeta.

—Aquí tiene, por ejemplo, el expediente que el señor Shiranai ha elaborado para que le reembolsen sus gastos con motivo de un viaje a Düsseldorf. Debe usted revisar todos los cálculos y contrastarlos hasta obtener exactamente el mismo resultado que él. Con este fin, y debido a que la mayoría de facturas fueron liquidadas en marcos, deberá calcular sobre la base actual el curso del marco en las fechas indicadas en el comprobante. No olvide que los valores de cotización cambian a diario.

Comenzó entonces una de las peores pesadillas de mi vida. Desde el momento en que aquella nueva tarea me fue atribuida, la noción de tiempo desapareció de mi existencia para dejar su sitio a la eternidad del suplicio. Nunca, nunca jamás, me

encontré con un resultado ya no digo idéntico, sino simplemente comparable al que debía comprobar. Por ejemplo, si el empleado había calculado que Yumimoto le debía 93.327 yenes, a mí me salían 15.211 o 172.045 yenes. Y pronto quedó claro que los errores eran cosa mía.

Al final de la primera jornada, le dije a Fubuki:

—No me veo capaz de cumplir con esta misión.

—Y, no obstante, se trata de un trabajo que requiere de su inteligencia —replicó implacable.

—No consigo hacerlo —confesé apesadumbradamente.

—Ya se acostumbrará.

No me acostumbré. Se demostró que era incapaz en última instancia, y a pesar de mis enconados esfuerzos, de efectuar operaciones.

Mi superiora se hizo cargo del clasificador para demostrarme hasta qué punto era fácil. Cogió un expediente y se puso a teclear, a una velocidad fulgurante, la calculadora, cuyo teclado ni siquiera tenía necesidad de mirar. En menos de cuatro minutos, concluyó:

—Obtengo la misma suma que el señor Saitama, clavada.

Y estampó su sello sobre el expediente.

Subyugada por aquella nueva injusticia de la naturaleza, regresé a mi trabajo. Así, doce horas no me bastaban para cerrar lo que Fubuki hacía en tres minutos y cincuenta segundos.

No sé cuántos días habían transcurrido cuando ella se dio cuenta de que todavía no había completado ningún expediente.

—¡Ni uno solo! —exclamó.

—Efectivamente —dije esperando mi castigo.

Para mi desgracia, se limitó a señalar el calendario:

—No olvide que la carpeta debe estar lista a final de mes.

Pasaron algunos días. Mi vida era un infierno: trombas de números con comas y decimales se abalanzaban incesantemente sobre mí. Se mutaban en mi cerebro formando un magma opaco y no podía diferenciarlos unos de otros. Un oculista certificó que mi vista no tenía nada que ver en el asunto.

Las cifras, cuya tranquila y pitagoriana belleza yo siempre había admirado, se convirtieron en mis enemigas. La calculadora también me quería mal. A mis numerosas limitaciones psicomotrices había que añadir otra: cuando debía presionar las teclas durante más de cinco minutos, mi mano se encontraba de pronto tan enviscada como si acabara de hundirla en una espesa y pegajosa masa de puré de patatas. Cuatro de mis dedos permanecían irremediabilmente inmovilizados; sólo el índice conseguía emerger hasta alcanzar las teclas, con una lentitud y una torpeza incomprensibles para quien no supiera de la existencia de las patatas invisibles.

Y como, además, aquel fenómeno se veía agravado por la rara estupidez que me producían las cifras, el espectáculo que ofrecía ante la calculadora resultaba francamente descorazonador. Empezaba observando cada nuevo número con la misma sorpresa que debió de sentir Robinson al encontrar a un indígena en aquel desconocido territorio; a continuación, mi mano entumecida intentaba reproducirlo sobre el teclado. Para ello, mi cabeza multiplicaba sus idas y venidas entre el papel y la pantalla con el fin de asegurarse de no haber perdido ni una coma o un cero por el camino, y lo más extraño es que todas aquellas operaciones de minuciosa comprobación no impidieron que se me escaparan errores garrafales.

Un día, mientras aporreaba despiadadamente la máquina, levanté la vista y vi a mi superiora observándome con consternación.

—¿Cuál es su problema? —me preguntó.

Para tranquilizarla, la hice partícipe de mi síndrome de puré de patatas, que paralizaba mi mano. Creí que aquella historia despertaría su simpatía hacia mi persona.

El único resultado de mi confianza fue la siguiente conclusión, que pude leer en la soberbia mirada de Fubuki: «Ahora lo comprendo: es usted una auténtica retrasada. ¡Todo se explica!».

El fin de mes se acercaba y la carpeta seguía estando llena.

—¿Está usted segura de que no lo hace adrede?

—Absolutamente segura.

—¿Hay mucha gente... como usted en su país?

Era la primera belga que conocía. Un sobresalto de orgullo nacional me llevó a decir la verdad:

—Ningún belga se parece a mí.

—Eso me tranquiliza.

Rompí a reír.

—¿Le parece gracioso?

—¿Nunca le han dicho, Fubuki, que resulta degradante maltratar a los retrasados mentales?

—Sí. Pero no me habían avisado de que podía tener uno a mis órdenes.

Me reí todavía más.

—Sigo sin saber qué le parece tan gracioso.

—Forma parte de mi enfermedad psicomotriz.

—Concéntrese en su trabajo.

El día 28 le comuniqué mi decisión de no regresar a casa por la noche:

—¿Su cerebro funciona mejor en la oscuridad?

—Esperemos que así sea. Quizás esta nueva tensión consiga que se vuelva

finalmente operativo.

La autorización fue concedida sin dificultad. No era raro que algunos empleados se quedaran toda la noche en sus despachos si había plazos que cumplir.

—¿Cree que una noche será suficiente?

—Seguro que no. No pienso regresar a casa antes del 31.

Le mostré mi mochila:

—He traído lo necesario.

Al quedarme sola en la compañía Yumimoto, me invadió cierta embriaguez. Pero aquella sensación enseguida desapareció cuando comprobé que, de noche, mi cerebro tampoco mejoraba. Trabajé sin tregua: aquel encarnizamiento no daba ningún resultado.

A las cuatro de la madrugada, fui a asearme al lavabo y a cambiarme de ropa. Me tomé un té cargado y regresé a mi puesto.

Los primeros empleados llegaron a las siete. Fubuki llegó una hora más tarde. Lanzó un breve vistazo al cajón de expedientes de gastos comprobados y vio que permanecía vacío. Ladeó la cabeza.

Las noches en blanco se sucedían. La situación continuaba invariable. En mi cabeza, las cosas seguían igual de confusas. No obstante, estaba muy lejos de sentirme desesperada. Experimentaba un optimismo incomprensible que me convertía en audaz. Así, sin interrumpir mis cálculos, mantenía con mi superiora conversaciones totalmente fuera de lugar:

—Su nombre contiene la idea de nieve. La versión japonesa de mi nombre, en cambio, contiene la idea de lluvia. Me parece un hecho sintomático. Entre usted y yo existe la misma diferencia que entre la nieve y la lluvia. Lo que no quita que estemos compuestas por la misma materia.

—¿De verdad cree que existe algún punto de comparación entre usted y yo?

Me reía. En realidad, a causa de la falta de sueño me reía por cualquier tontería. A veces era víctima de repentinos ataques de cansancio y de desánimo, pero no tardaba en recaer en mi estado de hilaridad.

Mi tonel de las Danaides no cesaba de llenarse de cifras que mi cerebro sin fondo dejaba caer. Me convertí en el Sísifo de la contabilidad y, al igual que aquel héroe mítico, no caía jamás en la desesperación, inexorablemente reanudaba las operaciones por enésima vez, por milésima vez. Quisiera dejar constancia, además, del siguiente prodigio: mil veces me equivoqué, lo que hubiera resultado tan consternador como una música repetitiva si mis mil errores no hubieran sido siempre diferentes; por cada operación obtuve mil resultados distintos. Tenía talento.

Era habitual que, entre suma y suma, levantara la cabeza para observar a la culpable de mi condena a galeras. Su belleza me dejaba pasmada. Mi única queja la

constituía su aseado peinado, que inmovilizaba sus cabellos en una media melena de curva imperturbable, cuya rigidez significaba: «Soy una *executive woman*». Entonces me entregaba a un delicioso ejercicio: la despeinaba mentalmente. Liberaba aquella cabellera de explosiva negrura. Mis dedos inmateriales le conferían un admirable desaliño. A veces, me desmandaba, y le dejaba el pelo en tal estado que parecía haber pasado una alocada noche de amor. Aquella salvajada la convirtió en sublime.

Una vez Fubuki me sorprendió en mi oficio de peluquera imaginaria.

—¿Por qué me mira usted así?

—Estaba pensando que, en japonés, «cabellos» y «dios» se dice igual.

—Y también «papel», no lo olvide. Vuelva a sus papeles.

Mi niebla mental empeoraba a cada hora. Cada vez era menos consciente de lo que tenía o no tenía que decir. Mientras intentaba averiguar el cambio de la corona sueca del 20/2/1990, mi boca tomó la iniciativa de hablar:

—¿Cuando era pequeña, qué quería ser de mayor?

—Campeona de tiro al arco.

—¡Le viene como anillo al dedo!

Como no me devolvía la pregunta, continué:

—Yo, cuando era pequeña, quería ser Dios. El dios de los cristianos, con D mayúscula. Hacia los cinco años, comprendí que mi ambición era irrealizable. Así que rebajé un poco mis pretensiones y decidí convertirme en Cristo. Imaginaba mi muerte sobre la cruz, ante toda la humanidad. A los siete años, tomé conciencia de que aquello no ocurriría. Decidí, más modestamente, convertirme en mártir. Durante años mantuve aquella decisión. Pero tampoco funcionó.

—¿Y después?

—Ya lo sabe: me hice contable en la empresa Yumimoto. Y creo que no podía caer más bajo.

—¿De verdad lo cree? —preguntó con una extraña sonrisa.

Llegó la noche del 30 al 31. Fubuki fue la última en marcharse. Me preguntaba por qué no me había despedido: ¿acaso no estaba claro que nunca conseguiría completar ni siquiera la milésima parte de mi trabajo?

Volvía a estar sola. Era mi tercera noche en blanco seguida en la gigantesca oficina. Teclaba la calculadora y anotaba resultados cada vez más incongruentes.

Entonces ocurrió algo fabuloso: mi mente pasó al otro lado.

De repente, ya no me sentí amarrada. Me levanté. Era libre. Nunca me había sentido tan libre. Caminé hasta el ventanal. La ciudad iluminada estaba muy lejos, a mis pies. Dominaba el mundo. Era Dios. Defenestraba mi cuerpo para estar en paz conmigo misma.

Apagué los fluorescentes. Las lejanas luces de la ciudad bastaban para ver. Fui a



la cocina a buscar una Coca-Cola, que me bebí de un trago. De regreso al departamento de contabilidad, me desaté los zapatos y los mandé a paseo. Salté sobre una mesa, luego de mesa en mesa, pegando gritos de alegría.

Me sentía tan ligera que la ropa me estorbaba. Me fui quitando las prendas una a una y las dispersé a mi alrededor. Una vez desnuda, hice el pino —yo, que en mi vida había sido capaz de hacerlo—. Andando sobre las manos, recorrí los despachos contiguos. Luego, tras una perfecta voltereta, salté y me encontré sentada en el sitio de mi superiora.

Fubuki, soy Dios. Aunque tú no creas en mí, soy Dios. Tú mandas, pero eso no significa nada. Yo reino. El poder no me interesa. Reinar es mucho más hermoso. No puedes imaginarte la sensación de gloria que experimento en estos momentos. Qué hermosa es la gloria. Es una trompeta tocada por ángeles en mi honor. Nunca me he sentido tan en la gloria como esta noche y todo gracias a ti. ¡Si supieras que estás trabajando para gloria mía!

Poncio Pilatos tampoco sabía que obraba para el triunfo de Cristo. Existió el Cristo en los olivos y yo soy el Cristo en los ordenadores. En la oscuridad que me rodea se levanta el bosque de ordenadores en todo su esplendor.

Miro tu ordenador, Fubuki. Es grande y majestuoso. Las tinieblas le confieren el aspecto de una estatua de la isla de Pascua. Es más de medianoche: hoy es viernes, mi Viernes Santo, día de Venus en francés, día del oro en japonés, y no se me ocurre qué coherencia podría existir entre este sufrimiento judeocristiano, esta voluptuosidad latina y la adoración nipona por el incorruptible metal.

Desde que abandoné el mundo secular para entrar en las órdenes, el tiempo ha perdido toda consistencia y se ha transformado en una calculadora sobre la cual tecleo números rebosantes de errores. Creo que ha llegado la Pascua. Desde lo alto de mi torre de Babel, contemplo el parque de Ueno, y veo árboles nevados: cerezos en flor —sí, debe de ser Pascua.

La Pascua me satisface tanto como me deprime la Navidad. Un Dios que se convierte en bebé produce consternación. Un pobre tipo que se convierte en Dios es otra cosa. Me abrazo al ordenador de Fubuki y lo cubro de besos. Yo también soy una pobre crucificada. Lo que me gusta de la crucifixión es que significa el final. Por fin dejaré de sufrir. Me han martilleado el cuerpo con tantos números que ya no queda sitio ni para el más pequeño decimal. Me cortarán la cabeza con un sable y no sentiré nada.

Es una gran cosa saber cuándo se va a morir. Uno puede organizarse y convertir su último día en una obra de arte. Por la mañana, mis verdugos vendrán por mí y yo les diré: «¡He pecado! Matadme. Cumplid mi última voluntad: que sea Fubuki la que me dé muerte. Que ella me destornille el cráneo como a un pimentero. Mi sangre se derramará y resultará ser pimienta negra. Tomad y comed, porque ésta es mi pimienta

derramada por vosotros y por todos los hombres, la pimienta de la alianza nueva y eterna. Estornudad en conmemoración mía».

De repente, el frío se apodera de mí. Por más que me abrazo al ordenador, no logro entrar en calor. Vuelvo a vestirme. Como los dientes siguen castañeteándome, me acuesto en el suelo y vierto sobre mí el contenido de la basura. Me desmayo.

Alguien grita. Abro los ojos y veo la basura. Vuelvo a cerrarlos.  
Caigo de nuevo en el abismo.

Oigo la dulce voz de Fubuki:

—Ya la conozco. Se ha cubierto de basura para que nadie se atreva a tocarla. Se ha convertido en una intocable. Es típico de ella. Carece de dignidad. Cuando le digo que es estúpida, me responde que, peor todavía: es una retrasada mental. Siempre tiene que rebajarse a sí misma. Cree que su trabajo está por encima de sus capacidades. Se equivoca.

Siento deseos de contarle que lo hice para protegerme del frío. No tengo fuerzas para hablar. Estoy calentita bajo las inmundicias de Yumimoto. Sigo hundiéndome.

Salí a la superficie. A través de una capa de papeluchos arrugados, de botellas vacías, de colillas mojadas de Coca-Cola, vi que el reloj marcaba las diez de la mañana.

Me levanté. Nadie se atrevía a mirarme, salvo Fubuki, que me dijo con frialdad:

—La próxima vez que decida disfrazarse de mendiga, no lo haga en nuestra empresa. Para eso están las estaciones de metro.

Enferma de vergüenza, cogí mi mochila y corrí hacia los servicios, donde me cambié y lavé la cabeza bajo el grifo. Cuando regresé, una mujer de la limpieza ya había limpiado el rastro de mi locura.

—Me hubiera gustado hacerlo yo misma —dije incómoda.

—Sí —comentó Fubuki—. Eso, por lo menos, habría sabido hacerlo.

—Me imagino que debe usted pensar en las comprobaciones de gastos. Tiene razón: está por encima de mi capacidad. Se lo comunico solemnemente: renuncio a esa tarea.

—Se ha tomado usted su tiempo —observó burlona.

«Así que era eso», pensé. «Quería que fuera yo quien lo admitiera. Evidentemente: resulta mucho más humillante».

—El plazo concluye esta noche —continué.

—Deme la carpeta.

En veinte minutos, había terminado.

Pasé el día como una zombi. Tenía resaca. Mi mesa estaba cubierta de legajos de hojas cubiertas de errores de cálculo. Los tiré uno por uno.

Viendo a Fubuki trabajando en su ordenador, me costaba contener la risa. Me veía de nuevo la noche anterior, sentada sobre el teclado, desnuda, abrazando la máquina con mis brazos y mis piernas. Y ahora la joven ponía sus dedos sobre las teclas. Era la primera vez que me interesaba la informática.

Las pocas horas de sueño bajo la basura no habían sido suficientes para librarme de la papilla en la que el exceso de cifras había convertido mi cerebro. No daba pie con bola, buscaba bajo los escombros los cadáveres de mis referencias mentales. Sin embargo, empezaba a saborear una milagrosa sensación de alivio: por primera vez desde hacía varias interminables semanas, no estaba tecleando en la calculadora.

Redescubrí el mundo sin números. Si existe el analfabetismo, también debería existir el anaritmetismo para definir el peculiar drama de los miembros de mi especie.

Entraba en el siglo. Puede parecer extraño que, tras mi ataque de locura, las cosas volvieran a la normalidad como si nada grave hubiera ocurrido. Es cierto que nadie me había visto correr desnuda por los despachos, ni caminar sobre las manos, ni pegarle un revolcón a un honesto ordenador. Pero, de todos modos, me habían encontrado durmiendo bajo el contenido de un cubo de basura. En otro país, me habrían despedido por semejante conducta.

Aunque no lo parezca, existe una lógica en todo este asunto: los sistemas más autoritarios suscitan, en las naciones en los que se aplican, los casos más sorprendentes de desviaciones —y, por eso mismo, una relativa tolerancia respecto a las excentricidades humanas más apabullantes—. No sabemos lo que es un excéntrico hasta que conocemos a un excéntrico japonés. ¿Había dormido bajo los escombros? Estaban curados de espanto. Japón es un país que sabe lo que significa «volverse loco».

Procuré ser útil de nuevo. Me resulta difícil expresar el placer que experimentaba preparando el té y el café: aquellos simples gestos que no presentaban ningún obstáculo para mi pobre cerebro me alegraban el espíritu.

Con la mayor discreción posible, volví a actualizar los calendarios. En todo momento me esforzaba por parecer ocupada, tan grande era mi temor de que me volvieran a castigar con las cifras.

Como si nada, se produjo un acontecimiento: me encontré con Dios. El despreciable vicepresidente me había pedido que le llevara una cerveza, considerando, sin duda, que todavía no estaba lo bastante gordo. Había acudido para

llevársela con educada repugnancia. Abandonaba la guarida del obeso cuando se abrió la puerta del despacho contiguo: me di de bruces con el presidente.

Nos miramos el uno al otro con estupor. Por mi parte, resultaba comprensible: por fin se me concedía la oportunidad de ver al mismísimo dios de Yumimoto. Por lo que a él respecta, resultaba más difícil de explicar: ¿acaso estaba informado de mi existencia? Parecía que sí, ya que, con una voz de una belleza y de una delicadeza insensatas, exclamó:

—¡Usted debe de ser Amélie-san!

Me sonrió y me tendió la mano. Me sentí tan azorada que no pude pronunciar sonido alguno. El señor Haneda era un hombre de unos cincuenta años, de cuerpo delgado y de una excepcional elegancia. Emanaba de él una profunda bondad y armonía. Me dedicó una mirada de una amabilidad tan auténtica que perdí la poca compostura que me quedaba.

Se marchó. Permanecí sola en el pasillo, incapaz de moverme. Así que el presidente de aquella cámara de tortura, en la que cada día se me sometía a absurdas humillaciones, en la que era blanco de toda clase de vejaciones, el dueño y señor de aquel tormento, era un magnífico ser humano, ¡un alma superior!

Era para volverse loco. Una empresa dirigida por un hombre de una nobleza tan llamativa debería haber sido un paraíso refinado, un espacio de alegría y de dulzura. ¿Cual era el misterio? ¿Acaso era posible que Dios reinara en el infierno?

Yo continuaba petrificada por el estupor cuando me llegó la respuesta a aquella pregunta. La puerta del despacho del enorme Omochi se abrió y oí la voz del infame gritándome:

—¿Qué demonios está haciendo aquí? ¡No le pagamos para vagabundear por los pasillos!

Todo tenía una explicación: en la compañía Yumimoto, Dios era el presidente y el diablo era el vicepresidente.

En cuanto a Fubuki, no era ni diablo ni dios: era una japonesa.

No todas las niponas son guapas. Pero cuando alguna decide serlo, las demás ya pueden prepararse.

Todas las bellezas emocionan, pero la belleza japonesa resulta todavía más desgarradora. En primer lugar porque esa tez de lis, esos ojos suaves, esa nariz de aletas inimitables, esos labios de contornos tan dibujados, esa complicada dulzura de los rasgos ya bastan para eclipsar los rostros más logrados.

En segundo lugar, porque sus modales las estilizan y las convierten en una obra de arte que va más allá de lo racional.

Y, por último —y sobre todo—, porque una belleza que ha sobrevivido a tantos corsés físicos y mentales, a tantas coacciones, abusos, absurdas prohibiciones,

dogmas, asfixia, desolación, sadismo, conspiración de silencio y humillaciones, una belleza así constituye un milagro de heroísmo.

No es que la nipona sea una víctima, nada más lejos de la realidad. De todas las mujeres del planeta, la nipona no es de las que salen peor paradas. Su poder es considerable: hablo por experiencia.

No: si por algo merece ser admirada la japonesa —y merece serlo es porque no se suicida. Conspiran contra su ideal desde su más tierna infancia. Moldean su cerebro: «Si a los veinticinco años todavía no te has casado, tendrás una buena razón para sentirte avergonzada», «si sonríes perderás tu distinción», «si tu rostro expresa algún sentimiento, te convertirás en una persona vulgar», «si mencionas la existencia de un solo pelo sobre tu cuerpo, te convertirás en un ser inmundado», «si, en público, un muchacho te da un beso en la mejilla, eres una puta», «si disfrutas comiendo, eres una cerda», «si dormir te produce placer, eres una vaca», etc. Estos preceptos resultarían anecdóticos si no la emprendieran también con la mente.

Porque, en resumidas cuentas, la estocada que, a través de todos estos dogmas incongruentes, se ha asestado a la nipona es que nada bueno debe esperar de la vida. No aspire a disfrutar porque tu placer te destruirá. No aspire a enamorarte porque no mereces que nadie se enamore de ti: los que te amarían te amarían por tu apariencia, nunca por lo que eres. No esperes que la vida te dé algo, porque cada año que pase te quitará algo. Ni siquiera aspire a una cosa tan sencilla como alcanzar la tranquilidad, porque no tienes ningún motivo para estar tranquila.

Aspira a trabajar. Teniendo en cuenta tu sexo, existen pocas posibilidades de que puedas labrarte una buena educación, pero aspira a servir a tu empresa. Trabajar te hará ganar dinero, el cual no te proporcionará ninguna alegría pero al que eventualmente podrás recurrir, en caso de matrimonio, por ejemplo —porque no serás tan estúpida como para creer que alguien pueda interesarse por ti únicamente por tu valor intrínseco...

Aparte de esto, puedes aspirar a llegar a vieja, lo que, no obstante, carece de interés, y a no conocer el deshonor, lo que constituye un fin en sí mismo. Aquí termina la lista de tus lícitas esperanzas.

Y aquí empieza la interminable procesión de tus estériles deberes. Deberás ser irreprochable, por la simple razón de que es lo mínimo a lo que se puede aspirar. Ser irreprochable sólo te reportará el ser irreprochable, lo que no constituye ni un orgullo ni mucho menos una fuente de placer.

Me resultaría imposible enumerar todas tus obligaciones, ya que no existe ni un minuto de tu vida que no esté regido por alguna de ellas. Por ejemplo, incluso cuando estés aislada en un retrete por la humilde necesidad de liberar tu vejiga, tendrás la obligación de vigilar que nadie pueda escuchar la melodía de tu arroyo: así pues, deberás tirar de la cadena sin cesar.

Cito este ejemplo para que comprendas lo siguiente: si incluso dominios tan íntimos e insignificantes de tu existencia están sometidos a mandamientos, piensa, con mayor razón, en la amplitud de las obligaciones que pesarán sobre los momentos más esenciales de tu vida.

¿Tienes hambre? Apenas comas, ya que debes mantenerte delgada, no por el placer de ver cómo la gente se vuelve al paso de tu silueta por la calle —no lo harán—, sino porque resulta vergonzoso tener curvas.

Tienes la obligación de ser hermosa. Si lo consigues, tu belleza no te proporcionará satisfacción alguna. Los únicos halagos que recibirás procederán de los occidentales, y todos sabemos hasta qué punto carecen de buen gusto. Si admiras tu propia belleza reflejada en el espejo, que sea por temor y no por placer: ya que tu belleza no te proporcionará más que el pánico a perderla. Si eres guapa, no serás gran cosa; si no eres guapa, serás menos que nada.

Tienes la obligación de casarte, a ser posible antes de los veinticinco años, tu edad de caducidad. Tu marido no te dará amor, salvo que sea un retrasado mental, y ser amada por un retrasado no proporciona felicidad alguna. De todos modos, no te darás cuenta de si te quiere o no. A las dos de la madrugada, un hombre agotado y a menudo borracho regresará para derrumbarse sobre el lecho conyugal, que abandonará a las seis de la mañana sin haberte dicho ni una palabra.

Tienes la obligación de tener hijos, a los que tratarás como a dioses hasta los tres años, edad en la que, de repente, los expulsarás del paraíso para alistarlos al servicio militar, que durará desde los tres hasta los dieciocho años y, más tarde, desde los veinticinco años hasta el día de su muerte. Estás obligada a traer al mundo a seres que serán todavía más infelices en la medida en que en los tres primeros años de su vida les habrán inculcado la noción de felicidad.

¿Te parece horrible? No eres la única en opinar así. Tus semejantes piensan del mismo modo desde 1960 y ya ves de qué les ha servido. Muchas de ellas se rebelaron, y quizás tú también te rebelas durante el único periodo libre de tu vida, entre los dieciocho y los veinticinco años. Pero, a los veinticinco años, de repente te darás cuenta de que todavía no te has casado y te sentirás avergonzada. Cambiarás tu ropa excéntrica por un aseado vestido, medias blancas y grotescos zapatos de tacón, someterás tu espléndida y lisa cabellera a un lamentable peinado y te sentirás aliviada si alguien —marido o jefe— manifiesta algún deseo hacia ti.

En el caso más que improbable de que te cases por amor, todavía serás más desgraciada, ya que verás sufrir a tu marido. Será mejor que no le ames: eso te permitirá asistir con indiferencia al naufragio de sus ideales, porque tu marido todavía los tendrá. Por ejemplo, le habrán hecho creer que sería amado por una mujer. No obstante, pronto se dará cuenta de que no le amas. ¿Cómo podrías amar a alguien si tienes un molde de yeso en lugar de corazón? Te han inculcado un espíritu demasiado

calculador para poder amar. Si amas a alguien, significa que no te han educado bien. Los primeros días de matrimonio, fingirás toda clase de cosas. Hay que admitir que ninguna mujer finge con tanto talento como tú.

Tu obligación es sacrificarte por los demás. No obstante, no se te ocurra pensar que tu sacrificio hará felices a aquellos por quienes te sacrificas. Eso sólo les permitirá no avergonzarse de ti. No tienes ninguna posibilidad ni de ser feliz ni de hacer feliz a nadie.

Y si, extraordinariamente, tu destino se librara de estas prescripciones, sobre todo no deduzcas que has triunfado: deduce que algo has hecho mal. En realidad, muy pronto caerás en la cuenta de tu error, ya que el espejismo de tu victoria sólo puede ser provisional. Y no disfrutes del momento: deja ese error de cálculo para los occidentales. El momento no vale nada, tu vida no vale nada. Nada que dure menos de diez mil años tiene valor alguno.

Si te sirve de consuelo, debes saber que nadie te considera menos inteligente que un hombre. Eres brillante, eso salta a la vista, incluso a la vista de los que tan mal te tratan. Aunque, pensándolo bien, ¿de verdad te sirve de consuelo? Por lo menos, si te considerasen inferior, tu infierno estaría justificado y podrías librarte de él demostrando, conforme a los preceptos de la lógica, la excelencia de tu cerebro. Sin embargo, te consideran igual, incluso superior: así pues, tu tormento resulta absurdo, y eso significa que no existe el camino para salir de él.

Existe uno, sí. Un único camino al que tienes pleno derecho, a no ser que hayas cometido la estupidez de convertirte al cristianismo: tienes derecho a suicidarte. En Japón, es sabido que el suicidio constituye un acto de gran honor. Y no se te ocurra pensar que el más allá es uno de esos alegres paraísos descritos por los simpáticos occidentales. Nada es tan estupendo en el otro lado. Para compensar, piensa en lo que realmente merece la pena: tu reputación póstuma. Si te suicidas, tu reputación será deslumbrante y se convertirá en el orgullo de tus allegados. Ocuparás un lugar de honor en el panteón familiar: ésa constituye la mayor esperanza que puede albergar un ser humano.

También puedes no suicidarte, es cierto. Pero entonces, tarde o temprano, no lo resistirás y cometerás cualquier deshonor: tendrás un amante, o te harás bulímica, o te volverás perezosa, vete tú a saber. Hemos observado que los humanos en general y las mujeres en particular tienen dificultades para vivir durante mucho tiempo sin cometer alguno de esos pecados relacionados con los placeres carnales. Si desconfiamos de esto último, no es por puritanismo: lejos de nosotros esa obsesión americana.

En realidad, vale más evitar el placer porque hace sudar. Y no existe nada más vergonzoso que el sudor. Si comes a grandes bocados tu tazón de pasta hirviendo, si te entregas al frenesí del sexo, si pasas el invierno dormitando junto a la estufa,

sudarás. Y ya nadie podrá dudar de tu vulgaridad.

Entre el suicidio y la transpiración, no lo dudes. Derramar tu sangre es tan admirable como innumerable resulta derramar tu sudor. Si te das muerte, no sudarás nunca más y tu angustia habrá terminado para siempre.

No creo que la suerte de los japoneses resulte mucho más envidiable. En realidad, incluso opino lo contrario. La nipona, por lo menos, tiene la posibilidad de librarse del infierno de la empresa casándose. Y no trabajar en una empresa japonesa me parece un fin en sí mismo.

Pero el nipón, en cambio, no es un ser asfixiado. No se ha destruido en él, desde su más tierna edad, todo rastro de ideal. Conserva uno de los derechos humanos más fundamentales: el derecho a soñar, a tener esperanzas. Y lo ejerce. Sueña con mundos quiméricos en los que es libre y dueño de sus actos.

La japonesa carece de semejante recurso, si ha sido bien educada —y la mayoría lo han sido—. Por decirlo de algún modo, esa facultad esencial le ha sido amputada. Ésta es la razón por la cual proclamo mi más profunda admiración por toda nipona que todavía no se haya suicidado. Por su parte, seguir con vida constituye un acto de resistencia de un valor tan desinteresado como sublime.

Esto es lo que pensaba contemplando a Fubuki.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —me preguntó con voz amarga.

—Sueño. ¿Nunca lo hace?

—Nunca.

Sonreí. El señor Saito acababa de ser padre de su segundo hijo, un niño. Una de las maravillas de la lengua japonesa es que permite inventar nombres hasta el infinito, a partir de todas las categorías del discurso. Por una de esas excentricidades de las que tantos ejemplos ofrece la cultura nipona, las que no tienen derecho a soñar llevan nombres que invitan a soñar, como Fubuki. Los padres se permiten los lirismos más delicados cuando se trata de bautizar a una niña. Cuando se trata de ponerle nombre a un niño, en cambio, las creaciones onomásticas son, a menudo, de una hilarante sordidez.

Así pues, dado que lo más lícito era elegir un verbo en infinitivo como nombre, el señor Saito le había puesto a su hijo Tsutomeru, o sea «Trabajar». Y la idea de aquel muchacho bautizado con semejante programa a modo de identidad me daba ganas de reír.

Imaginaba, dentro de unos años, al niño regresando del colegio y a su madre gritándole: «¡Trabaja! ¡Vete a trabajar!». ¿Y si estuviera en el paro?

Fubuki era irreprochable. Su único defecto era que, a los veintinueve años,



todavía no tenía marido. No cabe duda de que aquello constituía un motivo de vergüenza para ella. Aunque, pensándolo bien, que una mujer tan hermosa como ella no hubiera encontrado marido se debía precisamente a lo intachable de su conducta. Era porque había aplicado, con el máximo celo posible, la regla suprema que daba nombre al hijo del señor Saito. Desde los siete años, había sepultado su existencia entera en el trabajo. Obteniendo sus frutos, ya que había protagonizado una ascensión profesional inusual en un ser de sexo femenino.

Pero, con un horario como el suyo, habría resultado totalmente imposible contraer matrimonio. Sin embargo, no se le podía reprochar haber trabajado demasiado, ya que, para un japonés, nunca se trabaja demasiado. Así pues, existía una incoherencia en el reglamento previsto para las mujeres: comportarse de un modo intachable trabajando con empeño llevaba a superar los veinticinco años siendo soltera y, en consecuencia, a dejar de ser intachable. El colmo del sadismo residía en su propia aporía: respetarlo implicaba no respetarlo.

¿Se avergonzaba Fubuki de su prolongado celibato? Sin duda. Estaba demasiado obsesionada con su perfección para permitirse la más mínima infracción a las consignas supremas. A veces me preguntaba si tendría algún amante esporádico: lo que estaba fuera de toda duda es que nunca habría presumido de aquel crimen de lesa *nadeshiko* (el *nadeshiko*, «clavel», simboliza el ideal nostálgico de la joven japonesa virgen). Yo, que conocía sus horarios, no veía el modo en el que hubiera podido permitirse una banal aventura.

Observaba cómo se comportaba cuando se relacionaba con un hombre soltero — guapo o feo, joven o viejo, amable o detestable, inteligente o estúpido, no importaba, siempre y cuando no perteneciera a un rango inferior al suyo dentro de la jerarquía de nuestra empresa o de la compañía para la que trabajara—: mi superiora adoptaba entonces una dulzura tan insistente que adquiriría una dimensión casi agresiva. Presas de un nerviosismo patológico, sus manos buscaban a tientas su ancho cinturón, que tendía a desplazarse constantemente sobre su cintura demasiado estrecha, y volvían a poner en su sitio la hebilla que se había descentrado. Su voz se volvía susurrante hasta parecer un gemido.

En mi léxico interior, yo denominaba a todo aquello «la parada nupcial de la señorita Mori». Resultaba cómico contemplar a mi verdugo entregarse a semejantes monerías, que disminuían tanto su belleza como su clase. Sin embargo, no podía impedir que se me oprimiera el corazón, tanto más cuanto que los machos ante los cuales desplegaba aquel patético intento de seducción ni siquiera se daban cuenta y, por consiguiente, no eran sensibles a sus esfuerzos. A veces me daban ganas de sacudirles y gritarles: «¡Venga, sé un poco galante! ¿No te das cuenta de lo mal que lo está pasando por culpa tuya? Ya lo sé, eso no la favorece, ¡pero si supieras lo hermosa que es cuando no tiene que comportarse así! Demasiado hermosa para ti, por otra

parte. Deberías llorar de alegría por ser deseada por semejante perla».

Y en cuanto a Fubuki, me habría gustado decirle: «¡Basta! ¿De verdad crees que todo este ridículo teatro le va a atraer? Resultas mucho más atractiva cuando me insultas y me tratas como a un pescado podrido. Si eso puede ayudarte, sólo tienes que imaginar que él soy yo. Háblale pensando que hablas conmigo: serás, pues, despectiva, altiva, le dirás que es un enfermo mental, un inútil, ya verás, eso no le dejará indiferente».

Y, sobre todo, tenía ganas de susurrarle: «¿No vale mil veces más permanecer soltera hasta el fin de tus días que lastimarte ese dedo blanco? ¿Qué harás con semejante marido? ¿Y cómo puedes avergonzarte de no haberte casado con uno de esos hombres, tú, que eres sublime, olímpica, tú, que eres una obra maestra de este planeta? Casi todos son más bajitos que tú: ¿no crees que se trata de una señal? Eres un arco demasiado grande para tan lamentables arqueros».

Cuando el hombre-presa se marchaba, el rostro de mi superiora pasaba, en menos de un segundo, de la zalamería a la extrema frialdad. No era raro que, entonces, se cruzara con mi mirada irónica. Se mordía los labios con odio.

En una compañía amiga de Yumimoto trabajaba un holandés de veintisiete años, Piet Kramer. Sin ser japonés, había alcanzado un estatus jerárquico equivalente al de mi verdugo. Como medía un metro noventa, se me ocurrió que podría ser un buen partido para Fubuki. De hecho, cuando visitaba nuestro despacho, ella iniciaba una parada nupcial frenética, dando vueltas y más vueltas a su cinturón.

Era un buen chico que tenía buen aspecto. Y todavía resultaba más conveniente al ser holandés: aquel origen casi germánico convertía su pertenencia a la raza blanca en un hecho mucho menos grave.

Un día me dijo:

—Tiene usted suerte de trabajar con la señorita Mori. ¡Es tan amable!

Aquella declaración me hizo gracia. Decidí utilizarla: se la trasladé a mi colega, no sin una sonrisa irónica al mencionar su «amabilidad». Añadí:

—Eso significa que está enamorado de usted.

Me miró con asombro.

—¿De veras?

—Se lo digo yo —le aseguré.

Permaneció perpleja durante unos instantes. Esto es lo que debía pensar: «Ella es blanca, conoce las costumbres de los blancos. Por una vez, tendré que fiarme de ella. Pero ella no debe enterarse».

Adoptó una actitud fría y dijo:

—Es demasiado joven para mí.

—Tiene dos años menos que usted. Según la tradición nipona, es la diferencia de edad perfecta para que sean un *anesan niobo*, una «esposa-hermana mayor». Los

japoneses piensan que éste es el mejor matrimonio: la mujer tiene justo un poco más de experiencia que el hombre. Así, le hace sentirse cómodo.

—Lo sé, lo sé.

—¿Entonces cuál es el problema?

No dijo nada. Estaba claro que se aproximaba al estado de trance. Unos días más tarde, se anunció la visita de Piet Kramer. Una emoción terrible embargó a la joven mujer.

Por desgracia, hacía mucho calor. El holandés se había quitado la chaqueta y su camisa mostraba unas amplias aureolas de sudor en las axilas. Vi cómo el rostro de Fubuki se transformaba. Intentaba hablar con normalidad, como si no se hubiera dado cuenta de nada. Sus palabras sonaban todavía más falsas ya que, para conseguir que los sonidos salieran de su garganta, tenía que proyectar la cabeza hacia adelante con cada palabra. Ella, a la que yo siempre había visto tan hermosa y tan tranquila, tenía, en aquel momento, el aplomo de una gallina a la defensiva.

Mientras se entregaba a aquel comportamiento lamentable, miraba a sus colegas a hurtadillas. Su última esperanza era que ellos no se hubieran percatado de nada: por desgracia, ¿cómo saber si alguien ha visto? Y más difícil todavía, ¿cómo saber si un japonés ha visto? Los rostros de los cuadros de Yumimoto expresaban la condescendencia tónica de los encuentros entre dos empresas amigas.

Lo más divertido fue que Piet Kramer no se daba cuenta del escándalo que estaba protagonizando ni de la crisis interior que ahogaba a la tan generosa señorita Mori. Las aletas de su nariz palpitaban: era fácil adivinar por qué. Se trataba de discernir si el oprobio axilar del holandés era de dominio público.

Y fue entonces cuando, sin darse cuenta, nuestro simpático báltavo puso en peligro su contribución al progreso de la raza euroasiática: al divisar un dirigible en el cielo, inició una carrera hacia el ventanal. Aquel rápido desplazamiento desplegó en el ambiente un fuego de artificio de partículas olfativas que el viento de su carrera dispersó por la estancia. Ya no cabía la menor duda: la transpiración de Piet Kramer apestaba.

Y en aquella oficina gigantesca nadie hubiera podido ignorarlo. Por lo que respecta al infantil entusiasmo del muchacho ante el dirigible publicitario que, regularmente, sobrevolaba la ciudad, no pareció enternecer a nadie.

Cuando el oloroso extranjero se marchó, mi superiora estaba exangüe. Pero su suerte todavía iba a empeorar. El jefe del departamento, el señor Saito, le atestó el primer picotazo:

—¡No hubiera podido resistido ni un minuto más!

Acababa de autorizar a maldecir al ausente. Los demás no desaprovecharon la ocasión:

—¿Acaso no se dan cuenta esos blancos de que apestan a cadáver?

—¡Si por lo menos pudiéramos hacerles comprender que apestan, tendríamos en Occidente un mercado fabuloso para desodorantes finalmente eficaces!

—Quizás lograríamos ayudarles a no oler tan mal, pero no podríamos impedir que sudaran. Es algo racial.

—Incluso sus mujeres transpiran.

Estaban locos de alegría. La idea de que sus palabras pudieran incomodarme ni siquiera se les pasó por la cabeza. De entrada, aquello me halagó: quizás no me considerasen como una blanca. Pero pronto recuperé la lucidez: si manifestaban aquellas opiniones en mi presencia era simplemente porque yo no contaba.

Ninguno de ellos sospechaba lo que aquel episodio significaba para mi superiora: si nadie se hubiera dado cuenta del escándalo axilar del holandés, ella todavía habría podido soñar y hacer la vista gorda a aquella tara congénita del eventual prometido.

En adelante, sabía que nada sería posible con Piet Kramer: tener la más mínima relación con él sería más grave que perder su reputación, supondría perder la vergüenza. Podía estar contenta de que, aparte de mí, que estaba fuera de juego, nadie estuviera al corriente de las miradas que le había dedicado a aquel soltero.

Con la cabeza alta y las mandíbulas apretadas, regresó a su trabajo. Por la rigidez extrema de sus rasgos, pude calcular hasta qué punto había albergado esperanzas en aquel hombre: y yo había tenido algo que ver en ello. La había animado. Sin mí, ¿habría pensado en serio en él?

O sea que, si sufría, era, en gran parte, por mi culpa. Pensé que aquello debería haberme producido algún tipo de satisfacción. No sentía ninguna.

Cuando el drama estalló, hacía dos semanas que había abandonado mis funciones como contable.

En el seno de la compañía Yumimoto parecía que se hubieran olvidado de mí. Era lo mejor que me podía ocurrir. Empezaba a recuperar la alegría. Desde el fondo de mi infinita falta de ambición, no vislumbraba destino más feliz que el de permanecer sentada ante mi mesa contemplando el paso de las estaciones sobre el rostro de mi superiora. Servir el té y el café, lanzarme regularmente por la ventana y no utilizar la calculadora eran actividades que colmaban con creces mi necesidad, más que endeble, de encontrar mi sitio en la empresa.

Aquel sublime barbecho de mi persona quizás habría durado hasta el fin de los tiempos si no hubiera cometido lo que conviene llamar metedura de pata.

Después de todo, yo me lo había buscado. Me había esforzado por demostrar a mis superiores que mi buena voluntad no me impedía ser un desastre. Ahora lo habían entendido. Su política tácita debía de consistir en algo así como: «¡Ésa que no toque nada!». Y yo me mostraba a la altura de aquella nueva misión.

Un día, oímos a lo lejos los truenos en la montaña: eran los gritos del señor

Omochi. El gruñido se fue aproximando. Empezamos a mirarnos con aprensión.

La puerta del departamento de contabilidad cedió como una vetusta presa de contención bajo la presión de la masa de carne del vicepresidente, que rodó ante nosotros. Se detuvo en mitad de la estancia y, con una voz de ogro que reclama su comida, gritó:

—¡Fubuki-san!

Y enseguida supimos quién sería inmolado en sacrificio al apetito de ídolo cartaginés del obeso. A los breves segundos de alivio experimentado por los que, provisionalmente, se habían salvado, les sucedió un escalofrío colectivo de sincera empatía.

Mi superiora se había levantado y puesto rígida inmediatamente. Miraba hacia adelante, en mi dirección, aunque sin verme. Soberbia de terror contenido, aguardaba el castigo.

Por un momento, pensé que Omochi iba a desenfundar un sable escondido entre dos michelines y cortarle la cabeza. Si caía hacia mí, la recogería y cuidaría hasta el fin de mis días.

«Pero no» —pensé—, «ésos son métodos de otra época. Procederá como de costumbre: la convocará a su despacho y le echará la bronca del siglo».

Hizo algo mucho peor. ¿Acaso estaba de un humor más sádico que el habitual en él? ¿O fue el hecho de que su víctima era una mujer, y además, una mujer muy hermosa? No fue en su despacho donde le echó la bronca del siglo: fue allí mismo, ante los cuarenta miembros del departamento de contabilidad.

Resulta difícil imaginar un castigo más humillante para cualquier ser humano, y más para cualquier nipón, y más todavía para la orgullosa y sublime señorita Mori, que aquel despido público. Estaba claro que la intención del monstruo era deshonorarla.

Se le acercó lentamente, como si quisiera saborear de antemano la onda expansiva de su poder destructor. Fubuki no movía ni una pestaña. Estaba más hermosa que nunca. Hasta que los labios hinchados empezaron a temblar y a expulsar una lava de gritos que parecían no acabar nunca.

Los tokyotas tienen tendencia a hablar a una velocidad supersónica, sobre todo cuando echan una bronca. No contento con ser originario de la capital, el vicepresidente era un obeso colérico, y eso recargaba su voz con desechos de grasiento furor: la consecuencia de aquellos múltiples factores fue que casi no entendí nada de la interminable agresión verbal con que machacó a mi superiora.

En aquel caso, aun cuando la lengua extranjera japonesa me hubiera sido extraña, habría comprendido lo que estaba ocurriendo: se estaba infligiendo a un ser humano un castigo indigno, y todo a tres metros de mí. Era un espectáculo abominable. Hubiera pagado mucho dinero para ponerle fin, pero el espectáculo continuaba: el

gruñido procedente de las tripas del verdugo parecía no agotarse nunca.

¿Qué crimen podía haber cometido Fubuki para merecer semejante castigo? Nunca lo supe. Pero, de todos modos, conocía a mi colega: su competencia, su empeño en el trabajo y su rigor profesional eran excepcionales. Fuera cual fuera el pecado que hubiera podido cometer, a la fuerza tenía que ser venial. E incluso si no lo era, lo menos que cabía pedir era tener en cuenta el valor insigne de aquella mujer de primera fila.

Sin duda pecaba de ingenuidad al preguntarme en qué había consistido la falta de mi superiora. Lo más probable es que no tuviera nada que reprocharse. El señor Omochi era el jefe: tenía derecho, si así lo deseaba, a encontrar un pretexto anodino para descargar sus sádicos apetitos sobre aquella muchacha con aspecto de modelo. No tenía por qué justificarse.

De repente, me di cuenta de que estaba asistiendo a un episodio de la vida sexual del vicepresidente, que, decididamente, hacía honor a su cargo: con un físico como el suyo, ¿todavía era capaz de acostarse con una mujer? Para compensar, su volumen lo hacía mucho más apto para gritar, para hacer temblar con sus gritos la débil silueta de aquella beldad. En realidad, estaba violando a la señorita Mori, y si daba rienda suelta a sus más bajos instintos en presencia de cuarenta personas, era para añadir a su placer la voluptuosidad del exhibicionismo.

Esta explicación era tan acertada que vi doblarse el cuerpo de mi superiora. Era una mujer dura, sin embargo, un monumento al orgullo: si su físico cedía, significaba que sufría una agresión de orden sexual. Sus piernas la abandonaron como las de una amante vapuleada: se desplomó en una silla.

Si hubiera sido la traductora simultánea del discurso del señor Omochi, esto es lo que habría traducido:

—Sí, peso ciento cincuenta kilos y tú cincuenta, entre los dos pesamos dos quintales y eso me excita. Mi grasa dificulta mis movimientos, me resultaría difícil hacerte gozar, pero gracias a mi masa corporal puedo tumbarte, aplastarte, y eso me encanta, sobre todo con todos esos cretinos mirando. Me encanta que te sientas herida en tu orgullo, me encanta que no tengas derecho a defenderte, ¡me encanta este tipo de violación!

No debía de ser la única en comprender la naturaleza de lo que estaba ocurriendo: a mi alrededor, los colegas eran presa de un profundo malestar. En la medida de lo posible, desviaban la mirada y escondían su vergüenza detrás de sus carpetas o de la pantalla de su ordenador.

En aquel momento, Fubuki estaba doblada por la cintura. Con sus delgados codos sobre la mesa, sus puños cerrados sujetaban su frente. La ametralladora verbal del vicepresidente sacudía su frágil espalda a intervalos regulares.

Por suerte, no cometí la estupidez de dejarme llevar por lo que, en semejantes

circunstancias, hubiera sido el reflejo normal: intervenir. Sin duda eso habría agravado la suerte de la inmolada, por no hablar de la mía. No obstante, me resultaría imposible pretender sentirme orgullosa de mi sabia abstención. La mayoría de las veces, el honor consiste en ser idiota. ¿Y acaso no vale más comportarse como un imbécil que deshonrarse? Todavía hoy, me avergüenzo de haber preferido la inteligencia a la decencia. Alguien tendría que haber intervenido, y ya que no existía ninguna posibilidad de que otro se arriesgara a hacerlo, yo debería haberme sacrificado.

Es cierto que mi superiora nunca me lo habría perdonado, pero se habría equivocado: ¿acaso no era lo peor comportarnos como lo hacíamos, asistir sin rechistar a aquel degradante espectáculo, acaso no era lo peor nuestra absoluta sumisión a la autoridad?

Debería haber cronometrado aquella bronca. El verdugo tenía mucho fuelle. Incluso me dio la impresión de que, a medida que se prolongaban, sus gritos ganaban en intensidad. Lo que demostraba, si es que hacía falta, la naturaleza hormonal de la escena: igual que el amante que ve sus fuerzas renovarse o centuplicarse ante el espectáculo de su propio furor sexual, el vicepresidente se comportaba de un modo cada vez más brutal, sus gritos desprendían una energía cada vez mayor cuyo impacto físico abatía cada vez más a la pobre infeliz.

Hacia el final, se produjo un momento especialmente desolador: como ocurre cuando alguien sufre una violación, ocurrió que Fubuki había experimentado una regresión. Quizás fui la única en escuchar cómo se elevaba la voz débil, una voz de niña de ocho años que, por dos veces, gimió:

—Okoruna. Okoruna.

Lo que significa, en el registro del lenguaje culpable más infantil y familiar, el que emplearía una niñita para protestar contra su padre, es decir aquel al que nunca recurría la señorita Mori para dirigirse a su superior: «No te enfades. No te enfades».

Una súplica tan inútil como si una gacela ya despedazada y a medio devorar implorara clemencia a la fiera. Pero, sobre todo, una pasmosa infracción del dogma de la sumisión, de la prohibición de defenderse contra lo que viene de arriba. El señor Omochi pareció algo desconcertado por aquella voz desconocida, lo que no le impidió volver a gritar con más fuerza si cabe: incluso puede que aquella actitud infantil le excitara todavía más.

Una eternidad más tarde, bien porque el monstruo se cansó de su juguete, bien porque aquel tonificante ejercicio le abrió el apetito para un doble bocadillo de futón-mayonesa, se marchó.

Silencio de muerte en el departamento de contabilidad. Aparte de mí, nadie se atrevió a mirar a la víctima. Ella permaneció postrada durante unos minutos. Cuando reunió las fuerzas suficientes para levantarse, desapareció sin decir palabra.

No tuve ninguna duda respecto al lugar donde se había refugiado: ¿adónde van las mujeres violadas? Allí donde corre el agua, donde se pueda vomitar, donde no haya gente.

En las oficinas de Yumimoto, el lugar que mejor respondía a esas exigencias eran los servicios.

Ahí fue donde metí la pata.

Se me heló la sangre en las venas: tenía que acudir a consolarla. Por más que intenté entrar en razón pensando en las humillaciones que me había infligido, en los insultos con los que me había abofeteado, mi ridícula compasión ganó la partida. Ridícula, insisto: puestos a actuar contra el sentido común, hubiera resultado mil veces más acertado interponerme entre Omochi y mi superiora. Por lo menos, habría sido valiente. Mientras que mi actitud final fue simplemente amable y estúpida.

Corrí hacia los servicios. Ella estaba llorando en el lavabo. Creo que no me vio entrar. Por desgracia, sí oyó cómo le decía:

—Fubuki, ¡lo siento mucho! Estoy con usted de todo corazón. Estoy con usted.

Me estaba acercando, tendiéndole un vibrante brazo de consuelo, cuando, de pronto, vi cómo volvía hacia mí su mirada atónita de rabia. Su voz, irreconocible a causa del furor patológico, rugió:

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

Aquél no debía de ser uno de mis días más inteligentes, ya que intenté explicarle:

—No era mi intención importunarla. Sólo quería manifestarle mi amistad...

En el paroxismo del odio, rechazó mi brazo como un torniquete y gritó:

—¿Quiere callarse de una vez? ¿Quiere hacer el favor de marcharse?

Estaba claro que yo no quería, ya que permanecí inmóvil, desconcertada.

Avanzó hacia mí con Hiroshima en el ojo derecho y Nagasaki en el izquierdo. De algo estoy segura: si hubiera tenido derecho a matarme, no habría dudado en hacerlo.

Por fin comprendí lo que tenía que hacer: salí pitando.

De regreso a mi mesa, pasé el resto de la jornada fingiendo una mínima actividad mientras analizaba la naturaleza de mi imbecilidad, amplio tema de meditación donde los haya.

Fubuki había sido humillada por completo delante de sus colegas. Lo único que había conseguido escondernos, el último bastión de su honor que había logrado preservar, eran sus lágrimas. Había tenido el coraje de no llorar delante de todos nosotros.

Y yo, en un alarde de sagacidad, había ido a buscarla hasta su refugio para presenciar sus sollozos. Era como si hubiera querido apurar su vergüenza hasta el límite. Ella nunca habría podido concebir, imaginar, admitir que mi conducta fuera producto de la bondad, bondad estúpida, de acuerdo, pero bondad al fin y al cabo.



Una hora más tarde, la víctima regresó a su mesa y tomó asiento. Nadie le dedicó una mirada. Ella me dedicó la suya. Sus ojos secos me acribillaron de odio. Llevaban escrito: «Ya llegará tu hora».

Reemprendió su trabajo como si no hubiera pasado nada, dejándome a mí la interpretación de la frase.

Para ella, estaba claro que yo había actuado por un simple deseo de represalia. Ella sabía que, en el pasado, me había maltratado. Para ella, no había ninguna duda respecto a que mi único objetivo había sido la venganza. Era para pagarle con la misma moneda por lo que había acudido a verla llorar en los servicios.

Me habría gustado quitárselo de la cabeza, decirle: «De acuerdo, me he comportado de un modo estúpido y torpe, pero le ruego que me crea: no me ha movido otra cosa que una buena, generosa y estúpida humanidad. Hace tiempo, estaba resentida con usted, es cierto, y, no obstante, cuando la he visto tan vilmente humillada, sólo he podido sentir la más primitiva de las compasiones. Y lista como es usted, ¿acaso duda de que exista, ya no en esta empresa sino en todo el planeta, alguien que la aprecie, la admire y sufra su influencia a un nivel comparable al mío?».

Nunca sabré cómo habría reaccionado si se lo hubiera dicho.

A la mañana siguiente, Fubuki me recibió con, esta vez, un rostro de olímpica serenidad: «Se está sobreponiendo, está mejor», pensé.

Con voz serena, me anunció:

—Tengo un nuevo trabajo para usted. Acompañeme.

La seguí fuera de la sala. Aquello me intranquilizó: ¿acaso mi nuevo trabajo se realizaría fuera del departamento de contabilidad? ¿En qué consistía? ¿Adónde nos dirigíamos?

Mi aprensión se vio confirmada cuando comprobé que nos dirigíamos hacia los servicios. Seguro que doblaremos a la derecha o a la izquierda en el último momento para entrar en algún despacho.

Pero no doblamos ni a babor ni a estribor. Aunque parezca imposible, me llevó hasta los servicios.

«Seguro que me ha traído hasta este lugar aislado para hablar de lo que ocurrió ayer», me dije.

Para nada. Impasible, declaró:

—Éste será su nuevo puesto de trabajo.

Con el rostro sereno, me enseñó, con gran profesionalidad, los gestos que, a partir de entonces, formarían parte de mi cometido. Se trataba de cambiar el rollo de «toalla seca y limpia» cuando el actual hubiera ya servido para secar las manos; también se trataba de renovar las existencias de papel higiénico de las cabinas —a este efecto,

me confió las valiosas llaves de un trastero en el que aquellos tesoros eran almacenados fuera del alcance de la codicia de la que, sin duda, hubieran sido objeto por parte de los cuadros de la compañía Yumimoto.

Pero la puntilla llegó cuando la hermosa criatura empuñó con decisión la escobilla del retrete para explicarme, con la máxima seriedad, cuál era el modo de empleo de aquel objeto —¿acaso suponía que lo ignoraba?—. De entrada, nunca habría imaginado tener que ver a aquella diosa sujetar semejante instrumento. Razón de más para describirlo como un nuevo cetro.

Al límite del asombro, pregunté:

—¿A quién sustituyo?

—A nadie. Las mujeres de la limpieza efectúan sus tareas de noche.

—¿Se han despedido?

—No. Sólo que, como ya habrá observado, su servicio nocturno no es suficiente. Suele ocurrir que en el transcurso de la jornada se termina el rollo de toalla seca, o que una de las cabinas se quede sin papel, o que una taza permanezca sucia hasta la noche. Resulta molesto, sobre todo cuando recibimos la visita de cuadros ajenos a Yumimoto.

Por un momento, me pregunté por qué resultaba más molesto para un cuadro ver una taza sucia por culpa de un miembro externo que por un colega. Pero no tuve tiempo para hallar la respuesta a aquella pregunta de etiqueta ya que, con una dulce sonrisa, Fubuki concluyó:

—De ahora en adelante, y gracias a usted, ya no tendremos que sufrir esas molestias.

Y se marchó. Me quedé sola en el lugar de mi nuevo ascenso. Atónita, permanecí inmóvil, con los brazos caídos. Entonces Fubuki abrió de nuevo la puerta. Como en el teatro, había regresado para soltarme lo mejor:

—Se me olvidaba: ni que decir tiene que su cometido incluye también los servicios de caballeros.

Recapitulemos. De pequeña, deseaba convertirme en Dios. Enseguida comprendí que era pedir demasiado y agüé con un poco de agua bendita mi vino de misa: sería Jesús. Rápidamente, me di cuenta del exceso de mi ambición y acepté «hacerme» mártir cuando fuera mayor.

Adulta, me propuse ser menos megalómana y trabajar como intérprete en una empresa japonesa. Por desgracia, aquello era demasiado bonito para mí y tuve que descender en el escalafón hasta convertirme en contable. Pero no existía freno para mi fulminante caída social. Así pues, fui destinada a la categoría de menos que nada. Por desgracia —tendría que haberlo sospechado—, menos que nada todavía era demasiado para mí, y fue entonces cuando recibí mi último destino: limpiadora de

retretes.

Uno puede extasiarse sobre este recorrido inexorable de la divinidad hasta los retretes. Suele decirse de una cantante capaz de pasar de soprano a contralto que posee una amplia tesitura: me permito subrayar la extraordinaria tesitura de mis talentos, capaces de cantar en todos los registros, tanto en el de Dios como en el de Madame Pipí.

Pasado el estupor inicial, la primera sensación que experimenté fue de un extraño alivio. La ventaja de limpiar retretes sucios es que uno no puede temer caer más bajo.

Lo que había ocurrido en la cabeza de Fubuki podía sin duda resumirse así: «¿Me sigues hasta los servicios? Muy bien. Pues aquí te vas a quedar».

Y allí me quedé.

Supongo que, en mi lugar, cualquier otro se habría despedido. Cualquiera menos un nipón. Asignarme aquel puesto por parte de mi superiora era una manera de obligarme a tomar el portante. Despedirme, sin embargo, suponía perder prestigio. Para un japonés, limpiar retretes no era un trabajo honorable pero tampoco indigno.

Entre dos males, hay que elegir el mal menor. Había firmado un contrato por un año. Expiraba el 7 de enero de 1991. Estábamos en junio. Resistiría. Me comportaría como lo haría una Japonesa.

En esto tampoco me libraba de la norma general: todo extranjero que desee integrarse en Japón debe tener el amor propio de respetar las costumbres del Imperio. Es admirable hasta qué punto lo contrario es absolutamente falso: los nipones, que tanto se ofenden cuando los demás no respetan sus códigos, jamás se escandalizan de sus propias derogaciones respecto a las conveniencias ajenas.

Era consciente de aquella injusticia y, sin embargo, la aceptaba con total sumisión. A menudo, las actitudes más incomprensibles de una vida tienen su origen en un deslumbramiento de juventud: de pequeña, la belleza de mi universo japonés me había impactado tanto que todavía me alimentaba con aquella reserva afectiva. Ahora tenía ante mí la evidencia del despreciable horror de un sistema que negaba todo lo que tanto había amado y, no obstante, seguía siendo fiel a sus valores, en los que ya no creía.

No se me cayó la cara de vergüenza. Durante siete meses, permanecí en mi puesto en los servicios de la compañía Yumimoto.

Empezó, pues, una nueva vida. Por extraño que pueda parecer, no tuve la impresión de haber tocado fondo. Después de todo, aquel trabajo resultaba mucho menos atroz que el de contable —me refiero a mi anterior destino como verificadora de notas de gastos de viaje—. Entre pasarme el día extrayendo de mi calculadora números cada vez más esquizofrénicos y extraer rollos de papel higiénico del trastero, no lo dudaba ni un segundo.

En el que a partir de entonces se convertiría en mi puesto de trabajo, no me sentía superada por los acontecimientos. Mi limitado cerebro comprendía la naturaleza de los problemas que se le planteaban. Ya no se trataba de averiguar el cambio del marco del 19 de marzo para convertir en yen la factura de la habitación del hotel y luego comparar mis resultados con los del señor de turno y preguntarme por qué a él le salían 23.254 y a mí 499.212. Había que convertir lo sucio en limpio y la ausencia de papel en presencia de papel.

La higiene sanitaria no funciona sin una higiene mental. A aquellos que no dudarán en considerar indigna mi sumisión a tan abyecta decisión, debo decirles lo siguiente: jamás, en ningún momento durante aquellos siete meses, me sentí humillada.

Desde el momento en que me fue comunicado mi increíble destino, entré en otra dimensión de la existencia: el universo del escarnio puro y simple. Supongo que había ido a caer a aquel lugar por actividad refleja: para soportar los siete meses que iba a pasar allí, tenía que cambiar de referencias, debía invertir los que, hasta la fecha, habían constituido mis puntos de referencia.

Y, gracias a un proceso salvador de mis facultades inmunitarias, aquel vuelco interior se produjo de inmediato. Sin solución de continuidad, lo que mi cabeza consideraba sucio pasó a ser limpio, la vergüenza se convirtió en gloria, el verdugo en víctima y lo sórdido se transformó en cómico.

Insisto en esta última palabra: en aquellos servicios (y nunca mejor dicho) viví el periodo más divertido de mi existencia, y eso que había pasado por otros. Por la mañana, cuando el metro me llevaba hacia el edificio Yumimoto, me invadía el deseo de reír pensando en lo que me aguardaba. Y cuando tomaba posesión de mi ministerio, tenía que luchar contra furiosos ataques de risa loca.

En la empresa, frente a un centenar de hombres debía de haber cinco mujeres, de las cuales sólo Fubuki había conseguido acceder a la condición de cuadro. Quedaban, pues, tres empleadas más, que trabajaban en otros pisos. Sin embargo, yo sólo estaba acreditada para ocuparme de los servicios del piso cuarenta y cuatro. Por consiguiente, los retretes para señoras del cuarenta y cuatro eran, por así decirlo, dominio exclusivo de mi superiora y mío.

Entre paréntesis, añadiré que mi limitación geográfica al piso cuarenta y cuatro demostraba, si es que hacía falta, la absoluta inutilidad de mi nombramiento. Si lo que los militares denominan con elegancia «huellas de frenado» suponían una molestia para los visitantes, no veía en qué resultaban menos molestas en el piso cuarenta y tres que en el cuarenta y cuatro.

No hice valer aquel argumento. Si lo hubiera hecho, sin duda me habrían dicho: «Es cierto. A partir de ahora los retretes de los otros pisos también pasarán a formar

parte de su jurisdicción». Mi ambición se conformó con el cuarenta y cuatro.

El vuelco de mis valores no era una pura invención. Fubuki se sintió completamente humillada por lo que sin duda interpretó como una manifestación de mi fuerza de inercia. Estaba claro que contaba con que yo me despidiera. Al no hacerlo, le jugaba una mala pasada. El deshonor se volvía en su contra.

También es cierto que aquella derrota nunca se tradujo en palabras. Pero, no obstante, tuve pruebas de su existencia.

Así, ocurrió que me crucé, en los servicios masculinos, con el señor Haneda en persona. Aquel encuentro nos produjo una fuerte impresión: a mí, porque resultaba difícil imaginar a un dios en semejante lugar; a él, sin duda porque no estaba al corriente de mi ascenso.

Por un momento sonrió, creyendo que, en mi ya legendaria torpeza, me había equivocado de servicios. Dejó de sonreír cuando me vio cambiar el rollo de toalla húmedo y sucio y sustituirlo por otro. A partir de aquel momento, comprendió y ya no se atrevió a mirarme. Parecía muy incómodo.

No esperé que aquel incidente cambiara mi suerte. El señor Haneda era un presidente demasiado bueno para cuestionar las órdenes de uno de sus subordinados, y más aún si las órdenes procedían del único cuadro de sexo femenino de su empresa. No obstante, tuve motivos para pensar que Fubuki hubo de darle explicaciones sobre mi destino.

A la mañana siguiente, en efecto, en el servicio de señoras, me dijo con una voz segura:

—Si tiene algún motivo de queja, es a mí a quien debe dirigirse.

—No me he quejado a nadie.

—Sabe perfectamente a qué me refiero.

Yo no lo tenía tan claro. ¿Qué debería haber hecho para aparentar que no me quejaba? ¿Salir por piernas de los servicios masculinos para dar a entender que me había equivocado de retretes?

Aun así, me encantaba la frase de mi superiora: «Si tiene algún motivo de queja...». Lo que más me gustaba de aquel enunciado era el «si»: cabía la posibilidad de que no tuviera motivo de queja.

La jerarquía autorizaba a dos personas más a sacarme de allí: el señor Omochi y el señor Saito.

Huelga decir que el vicepresidente no se preocupaba por mi suerte. Fue, al contrario, el que más entusiasmo manifestó respecto a mi nombramiento. Cuando se cruzaba conmigo en los retretes, me lanzaba un jovial:

—¿Está bien, verdad, tener un cargo?

Lo decía sin ninguna ironía. Sin duda creía que iba a encontrar en aquella tarea la plenitud necesaria de la cual solo el trabajo podía ser origen. Para él, que un ser tan

inepto como yo consiguiera por fin un lugar en la sociedad constituía un acontecimiento positivo. Además, debía de sentirse aliviado al no tener que pagarme a cambio de nada.

Si alguien le hubiera comentado que aquel destino me humillaba, habría exclamado: «¿Y qué más? ¿No está a la altura de su dignidad? Todavía puede estar contenta de trabajar para nosotros».

El caso del señor Saito era muy distinto. Parecía profundamente preocupado por aquella historia. Había podido percibir que se moría de miedo delante de Fubuki: ella transmitía cuarenta veces más fuerza y autoridad que él. Por nada del mundo se habría atrevido a intervenir.

Cuando me cruzaba con él en los servicios, un rictus nervioso se apoderaba de su rostro menudo. Mi superiora tenía razón al hablarme de la humanidad del señor Saito. Era bueno pero pusilánime.

El caso más incómodo lo constituyó mi encuentro con el señor Tenshi. Entró y me vio: su rostro se transformó. Superado el primer momento de sorpresa, se puso de color naranja. Murmuró:

—Amélie-san...

Se detuvo ahí, comprendiendo que no tenía nada más que decir. Y tuvo entonces una reacción sorprendente: salió inmediatamente, sin haber efectuado ninguna de las funciones propias de aquel lugar.

Nunca supe si se le pasaron las ganas o si recurrió a los servicios de otro piso. Sospeché que, una vez más, el señor Tenshi encontró la solución más noble: su particular forma de manifestar su discrepancia respecto a mi destino consistía en boicotear los retretes del piso cuarenta y cuatro, ya que nunca más le volví a ver —y por más angelical que fuera, también era de carne y hueso.

Enseguida comprendí que había predicado la buena palabra a su alrededor; pronto, ningún miembro del departamento de productos lácteos frecuentó mi guarida. Y, poco a poco, constaté un creciente descenso en el uso de los retretes masculinos, incluso por parte de otros departamentos.

Bendije al señor Tenshi. Además, aquel boicot constituía una auténtica venganza contra Yumimoto: los empleados que preferían acudir al piso cuarenta y tres perdían, esperando el ascensor, un tiempo que habrían podido dedicar a la compañía. En Japón, a eso se le llama sabotaje: uno de los más graves crímenes para los nipones, tan odioso que, para denominarlo, se utiliza la palabra francesa, ya que hace falta ser extranjero para imaginar una bajeza semejante.

Aquella solidaridad conmovió mi corazón y entusiasmó mi pasión filológica: si el origen de la palabra «boicot» era el propietario irlandés del apellido Boycott, era lícito suponer que la etimología del patronímico conlleva una alusión a un chico. Y, de hecho, el bloqueo de mi ministerio fue exclusivamente masculino.

No se produjo ningún girlcot. Al contrario, Fubuki parecía cada vez más impelida a utilizar los servicios. Incluso empezó a cepillarse los dientes dos veces al día: no pueden imaginarse las consecuencias benéficas de su odio sobre su higiene bucodental. Me reprochaba tanto el hecho de no haberme despedido que todos los pretextos eran buenos para venir a provocarme.

Aquel comportamiento me divertía. Fubuki creía molestarme cuando, en realidad, me encantaba tener tantas ocasiones de admirar su tempestuosa belleza en aquel gineceo que nos era particular. Nunca un gabinete fue tan íntimo como los lavabos de señoras del piso cuarenta y cuatro: cuando se abría la puerta, sabía fehacientemente que se trataba de mi superiora, ya que las otras tres mujeres trabajaban en el piso cuarenta y tres. Era, pues, un lugar cerrado, digno de Racine, en el que dos actrices coincidían varias veces al día para escribir un nuevo episodio de una rabiosa riña teñida de pasión.

Paulatinamente, la disminución de la asistencia de usuarios de los servicios de caballeros del piso cuarenta y cuatro se convirtió en un hecho bastante evidente. Sólo lo utilizaban dos o tres despistados o, como máximo, el vicepresidente. Imagino que fue él quien se disgustó y advirtió a las autoridades.

Aquello debió de constituir un verdadero problema táctico: por más intervencionistas que fueran, los poderosos de la compañía no podían llegar al extremo de ordenar a sus cuadros efectuar sus necesidades en su piso y no en el piso de abajo. Por otra parte, tampoco podían tolerar aquel acto de sabotaje. Por consiguiente, era necesario reaccionar ¿Cómo?

Por supuesto, la responsabilidad de aquella infamia recayó sobre mí. Fubuki entró en el gineceo y me dijo con aire terrible:

—Esto no puede seguir así. Una vez más, incomoda usted a los de su entorno.

—¿Qué he hecho esta vez?

—Lo sabe muy bien.

—Le juro que no.

—¿No se ha fijado en que los caballeros ya no se atreven a frecuentar los servicios del piso cuarenta y cuatro? Pierden un precioso tiempo yendo a los de los pisos inferiores. Su presencia les incomoda.

—Comprendo. Pero yo no elegí estar aquí. Y usted lo sabe muy bien.

—¡Insolente! Si fuera usted capaz de comportarse con dignidad, estas cosas no ocurrirían.

Fruncí el ceño:

—No veo qué tiene que ver mi dignidad en todo este asunto.

—Si mira usted a los hombres que van al servicio del mismo modo como me mira a mí, su actitud resulta fácil de comprender.

Estallé en una carcajada:

—Puede estar tranquila, no los miro para nada.

—¿Entonces por qué se sienten incómodos?

—Es normal. La mera presencia de un ser del sexo opuesto basta para intimidarlos.

—¿Y por qué no extrae usted las oportunas consecuencias?

—¿Qué clase de consecuencias quiere usted que extraiga?

—¡Desaparecer!

Mi rostro se iluminó:

—¿Me releva usted de mis funciones en los servicios? ¡Oh, gracias!

—¡Yo no he dicho eso!

—Entonces no comprendo.

—Pues, cuando un hombre entre, usted sale. Y espera a que se haya marchado para volver a entrar.

—De acuerdo. Pero cuando estoy en el servicio de señoras, no puedo saber si hay alguien en el de caballeros. A no ser que...

—¿Qué?

Adopté mi expresión más estúpida y beatífica:

—¡Ya lo tengo! Basta con instalar una cámara en los servicios de caballeros con monitor de vigilancia en el de señoras. ¡De ese modo sabré en todo momento cuándo puedo entrar!

Fubuki me miró con consternación:

—¿Una cámara en los servicios de caballeros? ¿Alguna vez se le ha ocurrido pensar antes de hablar?

—¡Mientras ellos no lo sepan! —proseguí ingenuamente.

—¡Cállese! ¡Es usted idiota!

—Esperemos que así sea. ¡Imagínese que le hubiera asignado mi puesto a alguien inteligente!

—¿Con qué derecho se atreve a responderme?

—¿Qué riesgo puedo correr? No puede usted destinarme a un empleo más bajo.

Había llegado demasiado lejos. Creí que mi superiora iba a sufrir un infarto. Me apuñaló con la mirada.

—¡Cuidado! No sabe usted lo que podría llegar a ocurrirle.

—Dígame usted.

—Ándese con cuidado. Y apáñeselas para desaparecer de los servicios masculinos cuando entre alguien.

Se marchó. Me pregunté si su amenaza era real o si iba de farol.

Así pues, acaté la nueva consigna, aliviada al tener que frecuentar menos un lugar



en el que, durante dos meses, había tenido el abrumador privilegio de descubrir que el macho japonés no es en absoluto distinguido. Así como la japonesa vive aterrorizada por el más mínimo ruido que pueda producir su persona, el japonés se despreocupaba totalmente de este detalle.

Aunque no lo frecuentaba tan a menudo, comprobé, sin embargo, que los cuadros del departamento de productos lácteos no habían reanudado sus costumbres en el piso cuarenta y cuatro: bajo el impulso de su jefe, su boicot continuaba. Alabado sea el señor Tenshi.

En realidad, desde mi nombramiento, visitar los lavabos de la empresa se había convertido en un acto político.

Que un hombre todavía frecuentara los retretes del piso cuarenta y cuatro significaba: «Mi sumisión a la autoridad es absoluta y me da lo mismo que se humille a los extranjeros. Además, estos últimos no tienen lugar en la empresa Yumimoto».

El que se negaba a visitarlos, en cambio, expresaba una opinión de este tipo: «Respetar a mis superiores no me impide conservar mi espíritu crítico respeto a algunas decisiones. Por otra parte, creo que Yumimoto debería contratar a más empleados extranjeros para algunos puestos de responsabilidad en los que podrían resultarnos útiles».

Nunca un excusado fue el teatro de un debate ideológico en el que lo que se ventilaba fuera tan esencial.

Toda existencia conoce su día de traumatismo primario, que divide esta vida en un antes y un después y cuyo recuerdo, incluso furtivo, basta para paralizarte de un terror irracional, animal e incurable.

Los servicios de señoras de la empresa eran un lugar maravilloso, ya que estaban iluminados por un ventanal. Este último había adquirido una tremenda importancia en mi universo: me pasaba horas enteras de pie, con la frente pegada contra el cristal, jugando a lanzarme al vado. Veía mi cuerpo caer, me impregnaba de aquella caída hasta sentir vértigo. Ésta es la razón por la que afirmo que nunca, ni un solo segundo, me aburrí estando en mi puesto.

Me hallaba en pleno ejercicio de defenestración cuando un nuevo drama estalló. Oí abrirse la puerta tras de mí. Sólo podía tratarse de Fubuki; sin embargo, aquél no era el límpido y veloz sonido de mi verdugo empujando la puerta. Fue como si alguien la echara abajo. Y los pasos que siguieron no eran los de unos zapatos de tacón sino las pesadas y desenfundadas pisadas del yeti en celo.

Todo ocurrió muy deprisa y apenas tuve tiempo de darme la vuelta para ver cómo la masa del vicepresidente se abalanzaba sobre mí.

Microsegundo de estupor («¡Cielos, un hombre —suponiendo que aquella bola de sebo fuera un hombre— en el servicio de señoras!») y, a continuación, una eternidad

de pánico.

Me agarró como King Kong atrapa a la rubiales y me arrastró hacia fuera. Yo era un juguete entre sus brazos. Mi miedo alcanzó su cenit cuando vi que me llevaba al servicio de caballeros.

Regresaron a mi mente las amenazas de Fubuki: «No sabe qué podría llegarle a ocurrir». No iba de farol. Iba a pagar por mis pecados. Mi corazón dejó de latir. Mi cerebro empezó a redactar su testamento.

Recuerdo haber pensado: «Va a violarte y a asesinarte. Sí, ¿pero en qué orden? ¡Ojalá te mate primero!».

Un hombre se estaba lavando las manos. Por desgracia, la presencia de aquella tercera persona no pareció modificar las intenciones del señor Omochi. Abrió la puerta de una cabina y me empujó contra el retrete.

«Ha llegado tu hora», pensé.

Se puso a gritar convulsivamente tres sílabas. Yo estaba tan aterrorizada que no entendía lo que me decía: pensé que debía de tratarse del equivalente al «¡banzai!» de los kamikazes pero adaptado a casos específicos de violencia sexual.

En el punto culminante de su cólera, seguía gritando aquellos tres sonidos. De repente, se hizo la luz y conseguí identificar sus borborigmos:

—No pêpâ! No pêpâ!

Es decir, en niponamericano:

—No paper! No paper!

Así pues, el vicepresidente había elegido aquel delicado modo para advertirme que el papel higiénico se había terminado.

Me esfumé sin decir nada hasta el trastero del que tenía la llave y regresé a mi puesto con las piernas flaqueándome y los brazos cargados de rollos de papel. El señor Omochi me vio ponerlos en su sitio, gritó algo que no parecía una felicitación, me echó fuera y se aisló en su cabina debidamente surtida.

Con el alma hecha jirones, busqué refugio en el servicio de señoras. Me acurruqué en un rincón y estallé en un llanto analfabeto.

Casualmente, aquél fue el momento que eligió Fubuki para ir a lavarse los dientes. En el espejo vi cómo, con la boca espumeante de dentífrico, me miraba llorar. Sus ojos eran la viva expresión del júbilo.

Por un instante odié a mi superiora hasta el extremo de desear su muerte. Pensando de repente en la coincidencia entre su patronímico y una palabra latina muy adecuada a la situación, estuve a punto de gritarle: «¡Memento mori!».

Seis años antes, me había encantado una película japonesa llamada *Furyo* —el título inglés era *Merry Christmas, mister Lawrence*—. La acción transcurría durante la guerra del Pacífico, hacia 1944. Un grupo de soldados británicos eran prisioneros

en un campo militar nipón. Entre un inglés (David Bowie) y un oficial japonés (Ryuichi Sakamoto) se establecían lo que algunos manuales escolares denominan «relaciones paradójicas».

Quizás porque entonces yo era muy joven, aquella película de Oshima me pareció especialmente conmovedora, sobre todo las escenas de ambigua confrontación entre los dos protagonistas. La película terminaba con el nipón condenando a muerte al inglés.

Una de las escenas más deliciosas de aquel largometraje era aquella en la que, hacia el final, el japonés acudía a contemplar a su víctima medio moribunda. Como suplicio, había elegido sepultar su cuerpo bajo tierra dejando sólo emerger la cabeza expuesta al sol: aquella ingeniosa estratagema mataba al prisionero de tres maneras distintas al mismo tiempo: de sed, de hambre y de insolación.

Y todavía resultaba más apropiada teniendo en cuenta que el rubio tenía un tipo de piel propensa a asarse con facilidad. Y cuando el oficial de guerra, envarado y digno, venía a recogerse junto al objeto de su «relación paradójica», el rostro del moribundo tenía el color de un roast-beef demasiado hecho, casi chamuscado. Yo tenía dieciséis años y me pareció que aquella forma de morir constituía una hermosa prueba de amor.

No podía evitar ver cierta similitud entre aquella historia y mis peripecias en la compañía Yumimoto. Es cierto que el castigo que se me infligía era distinto. Pero, de todos modos, yo era una prisionera de guerra en un campo nipón y mi verdugo era de una belleza equivalente, como mínimo, a la de Ryuichi Sakamoto.

Un día, mientras se lavaba las manos, le pregunté si había visto aquella película. Asintió. Aquél debía de ser uno de mis días audaces ya que continué:

—¿Le gustó?

—La música era buena. Lástima que contara una historia falsa.

(Sin saberlo, Fubuki practicaba el revisionismo soft tan habitual entre los jóvenes del país del Sol Naciente: sus compatriotas no tenían nada que reprocharse respecto a la última guerra, y sus incursiones en Asia tenían como objetivo proteger a los indígenas de los nazis. No estaba en disposición de discutir con ella).

—Creo que hay que interpretarla como una metáfora —me limité a decir.

—¿Una metáfora de qué?

—De las relaciones con el prójimo. Por ejemplo, de las relaciones entre usted y yo.

Me miró con perplejidad, parecía estar preguntándose con qué demonios le salía esta vez la retrasada mental.

—Sí —continué—. Entre usted y yo existe la misma diferencia que entre David Bowie y Ryuichi Sakamoto. Oriente y Occidente. Tras el conflicto aparente, la misma curiosidad mutua, los mismos malentendidos escondiendo un deseo auténtico de

entenderse.

Por más que me limité a atenuaciones más o menos ascéticas, me di cuenta de que estaba llegando demasiado lejos:

—No —dijo mi superiora con sobriedad.

—¿Por qué?

¿Qué iba a replicar? Tenía dónde elegir: «No siento ninguna curiosidad hacia usted», o «no tengo ningún deseo de entenderme con usted», o «¡qué desfachatez atreverse a comparar su suerte con la de un prisionero de guerra!» o «entre aquellos dos personajes existía algo turbio y ése no es en absoluto mi caso».

Pero no. Fubuki demostró una enorme habilidad. Con voz neutra y educada, se limitó a darme una respuesta que, tras su aparente cortesía, resultaba igualmente impactante:

—Creo que usted no se parece a David Bowie.

Había que admitir que tenía razón.

En aquel puesto que a partir de entonces se convirtió en mi lugar de trabajo, resultaba rarísimo que yo pronunciara palabra alguna. No estaba prohibido y, no obstante, una regla no escrita me impedía hacerla. Por extraño que pueda parecer, cuando uno desempeña un trabajo tan poco lucido, el único modo de preservar su honor consiste en callarse.

En efecto, si una limpiadora de retretes se dedica a hablar por los codos, uno tiende a pensar que se siente cómoda con su trabajo, que ése es el lugar que le corresponde ya que la satisface hasta el extremo de inspirarle el deseo de emular a las cotorras.

Si permanece en silencio, en cambio, significa que vive su trabajo como una mortificación monacal. Hundida en su mutismo, lleva a cabo la expiatoria misión de perdonar los pecados de la humanidad. Bernanos se refirió a la angustiada banalidad del Mal; la limpiadora de retretes, en cambio, experimenta la angustiada banalidad de la defecación, siempre idéntica tras su repugnante variedad.

Su silencio es la expresión de su consternación. Es la carmelita de los retretes.

Así pues, callaba tanto como meditaba. Por ejemplo, a pesar de la ausencia de parecido entre David Bowie y yo, me parecía que la comparación no era tan descabellada. Existían los suficientes puntos en común entre nuestras respectivas situaciones. Ya que, para haberme asignado un lugar de trabajo tan indecente, los sentimientos que Fubuki experimentaba hacia a mí tenían que ser algo sucios a la fuerza.

Además de mí, tenía otros subordinados. No era la única persona a la que odiaba y despreciaba. Podría haber martirizado a otros. Sin embargo; sólo ejercía su crueldad conmigo. Quizás fuera un privilegio.

Decidí considerarme una elegida.

Estas páginas podrían dar a entender que, fuera de Yumimoto, la vida no existía para mí. Eso no sería exacto. Fuera de la empresa, llevaba una vida que distaba mucho de ser insignificante o vacía.

No obstante, he decidido no hablar de ella aquí. En primer lugar porque no viene a cuento. Y luego porque, teniendo en cuenta mi horario de trabajo, esa vida estaba, cuando menos, limitada en el tiempo.

Pero, sobre todo, por una cuestión de orden esquizofrénico: cuando estaba en mi lugar de trabajo, en los servicios del piso cuarenta y cuatro de Yumimoto, limpiando los vestigios de inmundicias de un cuadro, me resultaba imposible imaginar que, fuera de aquel edificio, a tan sólo once paradas de metro, existía un lugar en el que la gente me quería, me respetaba y no veía relación alguna entre la escobilla de un retrete y yo.

Cuando aquella parte de mi vida cotidiana me venía a la mente estando en mi puesto de trabajo, sólo podía pensar: «No. Esa casa y esos individuos son producto de tu imaginación. Si te parece que existen desde hace más tiempo del que llevas en tu nuevo destino, es que se trata de una ilusión. Abre los ojos: ¿qué vale la carne de esos valiosos humanos frente a la eternidad de la loza de los sanitarios? Acuérdate de las fotografías de las ciudades bombardeadas: la gente ha muerto, las casas han sido arrasadas, pero los lavabos todavía se levantan, orgullosamente, hacia el cielo, encaramados a cañerías en erección. Cuando el Apocalipsis haya completado su obra, las ciudades sólo serán bosques de retretes. La dulce habitación en la que duermes, las personas a las que amas, son creaciones compensatorias de tu mente. Es típico de seres que ejercen oficios lamentables construirse lo que Nietzsche denominaba “otro mundo”, un paraíso terrenal o celeste en el que se empeñan en creer para consolarse de lo infecto de su condición. Cuanto más vil es su trabajo, más hermoso es su edén mental. Créeme: nada existe más allá de las comodidades del piso cuarenta y cuatro. Ahora todo está aquí».

Entonces me acercaba al ventanal, recorría con la mirada las once paradas de metro y miraba hacia el final del trayecto: ninguna casa resultaba visible o imaginable. «Ya lo ves: ese hogar tranquilo es producto de tu imaginación».

Sólo me quedaba pegar la frente contra el cristal y lanzarme por la ventana. Soy la única persona del mundo a la que le ha ocurrido este milagro: la defenestración me salvó la vida.

Todavía hoy deben de quedar jirones de mi cuerpo por toda la ciudad.

Pasaron los meses. Cada día, el tiempo perdía algo de consistencia. Era incapaz

de determinar si transcurría rápida o lentamente. Mi memoria empezaba a funcionar igual que la cadena de un retrete. La tiraba por la noche. Una escobilla mental eliminaba los últimos restos de suciedad.

Limpieza ritual que de nada servía, ya que, a la mañana siguiente, la taza de mi cerebro recuperaba su suciedad.

Como habrá observado el común de los mortales, los lavabos son un lugar propicio a la meditación. Para mí, que me había convertido en carmelita, significó la ocasión de meditar. Y descubrí algo muy importante: que en Japón la existencia es la empresa.

Se trata, por supuesto, de una verdad que ya ha sido descrita en numerosos ensayos de economía dedicados a este país. Pero existe un abismo entre leer una frase en un ensayo y vivirla. Yo podía convencerme de lo que aquello significaba para los miembros de la compañía Yumimoto y para mí.

Mi calvario no era peor que el suyo. Sólo resultaba más degradante. Aunque eso no era suficiente para que envidiara la posición de los demás. Era tan miserable como la mía.

Los contables que pasaban diez horas diarias copiando cifras me parecían víctimas sacrificadas en el altar de una divinidad carente de grandeza y de misterio. Desde tiempos inmemoriales, los humildes han dedicado sus vidas a realidades que los superan: en otros tiempos, podían por lo menos entrever alguna causa mística en semejante estropicio. Ahora, ya no podían ilusionarse. Entregaban su existencia a cambio de nada.

Como todo el mundo sabe, Japón es el país con la mayor tasa de suicidios. Personalmente, lo que me sorprende es que no sea todavía más frecuente.

¿Y, fuera de la empresa, qué les esperaba a aquellos contables de cerebro lavado por los números? La cerveza obligatoria con colegas tan trepanados como ellos, horas de metro abarrotado, una esposa que ya duerme, el sueño que te aspira como el desagüe de un lavabo que se vacía, las escasas vacaciones en las que nadie sabe qué hacer: nada que merezca el nombre de vida.

Y lo peor es pensar que a escala mundial esta gente son privilegiados.

Llegó diciembre, el mes de mi renuncia. Esta palabra podría resultar sorprendente: la fecha del final de mi contrato se acercaba, no se trataba pues de despido. Y, sin embargo, sí. No podía limitarme a esperar la noche del 7 de enero de 1991 y marcharme tras estrechar algunas manos. En un país en el que, hasta hace poco, con contrato o sin él, uno siempre era contratado para siempre, uno no podía abandonar su empleo sin cuidar las formas.

Por respeto a la tradición, tenía la obligación de presentar mi renuncia a cada escalón jerárquico, es decir cuatro veces, empezando por la parte inferior de la

pirámide: primero a Fubuki, luego al señor Saito, luego al señor Omochi y por último al señor Haneda.

Me preparé mentalmente para aquella tarea. Por supuesto, cumplí con la norma máxima: no quejarme.

Por otra parte, había recibido un consejo paternal: en ningún caso aquel asunto debía empañar las buenas relaciones entre Bélgica y el país del Sol Naciente. Así pues, no había que dar a entender que ningún nipón de la empresa se había comportado mal conmigo. Los únicos motivos que tendría derecho a invocar —ya que tenía la obligación de exponer las razones por las cuales renunciaba a un puesto tan ventajoso— serían argumentos enunciados en primera persona del singular.

Desde un punto de vista puramente lógico, aquello no me dejaba elección: significaba que debía acarrear con todas las culpas. Semejante actitud no dejaba de ser ridícula, pero yo partía del principio de que los asalariados de Yumimoto se mostrarían agradecidos al verme adoptada para ayudarles a no perder la vergüenza y que me interrumpirían protestando: «¡No se recrimine, es usted una persona muy buena!».

Solicité una entrevista con mi superiora. Me citó a última hora de la tarde en un despacho vacío. En el momento de reunirme con ella, un demonio me susurró en la cabeza: «Dile que, ejerciendo de Madame Pipí, puedes ganar más en otra parte». Me resultó tremendamente difícil amordazar a aquel demonio y estaba a punto de dejarme arrastrar por la hilaridad cuando me senté frente a ella.

El demonio eligió aquel instante para susurrarme la siguiente sugerencia: «Dile que sólo te quedarás si se instalan en los retretes un platito en el que cada usuario deposite cincuenta yenes».

Me mordí la parte interior de las mejillas para mantener la seriedad. Resultaba tan difícil que no conseguía hablar.

Fubuki suspiró:

—¿Y bien? ¿Tiene algo que decirme?

Para esconder mi boca que se torcía, bajé la cabeza hasta donde pude, lo que me confirió una apariencia de humildad que debió de satisfacer a mi superiora.

—El final de mi contrato se acerca y deseaba comunicarle, con todo mi pesar, que no podré renovarlo.

Mi voz era la típica de la subordinada sumisa y temerosa.

—¿Ah? ¿Y por qué? —me preguntó secamente.

¡Qué estupenda pregunta! Así que no era la única en hacer teatro. Me puse a su nivel con esta caricatura de respuesta:

—La compañía Yumimoto me ha brindado grandes y múltiples ocasiones de demostrar mis aptitudes. Y yo le estaré eternamente agradecida por ello. Lamentablemente, no he podido estar a la altura del honor que me era concedido.

Tuve que detenerme para morderme de nuevo las mejillas, de tan cómico como me parecía lo que estaba diciendo. Fubuki, por su parte, no parecía divertirse, ya que dijo:

—Exacto. En su opinión, ¿por qué no ha estado usted a la altura?

No pude evitar levantar la cabeza para mirarla con asombro: ¿era posible que me preguntara por qué no estaba a la altura de los retretes de la empresa? ¿Tan desmedida era su necesidad de humillarme? Y, de ser así, ¿cuál podía ser la naturaleza de sus sentimientos hacia mí?

Mirándola fijamente para no perderme detalle de su reacción, pronuncié la siguiente barbaridad:

—Porque no tenía las capacidades intelectuales para ese cometido.

Me interesaba menos averiguar qué capacidades intelectuales eran necesarias para limpiar un retrete sucio que comprobar si una prueba tan grotesca de sumisión sería del agrado de mi verdugo.

Su rostro de japonesa bien educada permaneció inmóvil e inexpresivo, y tuve que observarlo con un sismógrafo para detectar la ligera crispación de sus mandíbulas provocada por mi respuesta: lo estaba pasando en grande.

No iba a detenerse en su camino hacia el placer. Prosiguió:

—Yo también lo creo. ¿Cuál es, en su opinión, el origen de esa incapacidad?

La respuesta era evidente. Yo también me estaba divirtiendo:

—La inferioridad del cerebro occidental respecto al cerebro nipón.

Encantada de mi docilidad frente a sus deseos, Fubuki encontró la réplica justa:

—Algo de eso hay. No obstante, tampoco hay que exagerar la inferioridad del cerebro occidental medio. ¿No cree que esa incapacidad procede sobre todo de una deficiencia propia de su cerebro en particular?

—Seguramente.

—Al principio, pensé que deseaba sabotear Yumimoto. Júreme que no se comportaba como una estúpida adrede.

—Lo juro.

—¿Es usted consciente de sus limitaciones?

—Sí. La compañía Yumimoto me ha ayudado a darme cuenta.

El rostro de mi superiora permanecía impasible, pero sentía por su voz que su boca se secaba. Me sentía feliz al poder proporcionar por fin un momento de placer.

—Así que la empresa le ha hecho a usted un gran servicio.

—Y yo le estaré eternamente agradecida.

Me encantaba el lado surrealista que adquiría aquel intercambio que elevaba a Fubuki hacia un inesperado séptimo cielo. En el fondo, era un momento muy emotivo.

«Querida tempestad de nieve, si pudiera, sin demasiado esfuerzo, convertirme en



el instrumento para proporcionarte placer, sobre todo no te molestes, acométeme con tus copos ásperos y duros, con tu granizo tallado como pedernal, tus nubarrones contienen tanta rabia que acepto convertirme en la pobre mortal perdida en la montaña sobre la cual descargan su cólera, recibo sin rechistar sus miles de perdigones helados, nada me resulta más fácil, y tu necesidad de cortarme la piel con ráfagas de insultos constituye el más hermoso de los espectáculos, disparas con cartuchos de fogueo, querida tempestad, me he negado a que me venden los ojos frente a tu pelotón de ejecución ya que hacía mucho tiempo que ansiaba contemplar un atisbo de placer en tu mirada».

Creía que había saciado sus expectativas, ya que me hizo la siguiente pregunta, que me pareció de lo más simple:

—¿Y, a partir de ahora, qué piensa hacer?

No tenía ninguna intención de hablarle de mis manuscritos. Salí del paso con una banalidad:

—Quizás podría enseñar francés.

Mi superiora estalló en una carcajada de desprecio.

—¿Enseñar? ¡Usted! ¿Usted se considera capaz de enseñar?

¡Maldita tempestad de nieve, siempre sobrada de municiones!

Me di cuenta de que no había tenido suficiente. Pero no iba a cometer la estupidez de responderle que tenía un título de profesora.

Bajé la cabeza.

—Tiene usted razón, todavía no soy consciente de mis limitaciones.

—Eso es cierto. Sinceramente, ¿qué oficio podría usted ejercer?

Tenía que darle la oportunidad de acceder al paroxismo del éxtasis.

El antiguo protocolo imperial nipón establece que uno deberá dirigirse al Emperador con «estupor y temblores». Siempre me ha encantado esta fórmula, que se corresponde perfectamente con la interpretación de los actores en las películas de samuráis, cuando se dirigen a su superior con la voz traumatizada por un respeto sobrehumano.

Así pues, adopté la máscara del estupor y comencé a temblar. Sumergí mi mirada llena de espanto en la de la joven mujer y balbuceé:

—¿Cree usted que me admitirían como basurera?

—¡Sí! —dijo con un entusiasmo quizás excesivo.

Suspiró profundamente. Lo había conseguido.

A continuación tuve que presentar mi renuncia al señor Saito. Él también me convocó en un despacho vacío, pero, a diferencia de Fubuki, parecía incómodo cuando me senté frente a él.

—Se acerca el vencimiento de mi contrato y, con todo mi pesar, quería

comunicarle que me veo en la imposibilidad de renovarlo.

El rostro del señor Saito se crispó con multitud de tics. Como no lograba traducir su mímica, continué con mi numerito:

—La compañía Yumimoto me ha brindado múltiples oportunidades de demostrar mis aptitudes. Y le estaré eternamente agradecida por ello. Por desgracia, no he sabido mostrarme a la altura del honor que me era concedido.

El pequeño cuerpo enclenque del señor Saito se agitó en sobresaltos nerviosos. Parecía muy incómodo por lo que le contaba.

—Amélie-san...

Sus ojos buscaban por todos los rincones de la habitación como si fueran a encontrar la palabra justa. Me daba lástima.

—¿Saito-san?

—Yo..., nosotros..., lo siento mucho. Nunca hubiera querido que las cosas ocurrieran así.

Un japonés que se excusa de verdad, esto sólo ocurre una vez en cada siglo. Me horrorizó que el señor Saito consintiera rebajarse tanto por culpa mía. Tanto más cuanto que no había intervenido en ninguna de mis sucesivas destituciones.

—No tiene por qué sentirlo. Las cosas no podían ir mejor. Y mi paso por esta empresa me ha enseñado mucho.

Y en eso, la verdad, no mentía.

—¿Qué proyectos tiene? —me preguntó con una sonrisa tensa y amable.

—No se preocupe por mí. Ya encontraré algo.

¡Pobre señor Saito! Yo tenía que consolarlo a él. A pesar de su relativa ascensión profesional, era un nipón entre miles, a la vez esclavo y torpe verdugo de un sistema que sin duda no le gustaba pero que nunca denigraría, por debilidad y por falta de imaginación.

Le tocó el turno al señor Omochi. Me moría de miedo ante la idea de citarme a solas con él en su despacho. Me equivocaba: el vicepresidente estaba de un humor excelente.

Al verme exclamó:

—¡Amélie-san!

Lo dijo de ese modo nipón y fantástico que consiste en confirmar la existencia de una persona pronunciando su nombre en el aire.

Hablaba con la boca llena. Sólo por el tono de su voz, intenté diagnosticar la naturaleza de aquel alimento. Debía de tratarse de algo pastoso, pegajoso, el tipo de cosa que hay que desenganchar de los dientes con la lengua durante largo rato. No lo suficientemente adherente al paladar, sin embargo, para ser un caramelo. Demasiado grasiento para ser regaliz. Demasiado espeso para ser un marshmallow. Misterio.

Me lancé en mi letanía, ahora perfectamente rodada:

—Se acerca el término de mi contrato y quisiera anunciar, con todo mi pesar, que me veo en la imposibilidad de renovarlo.

La golosina, situada entre sus rodillas, estaba tapada por la mesa. Se llevó una nueva ración a la boca: los gruesos dedos me impidieron ver aquel cargamento, que fue devorado sin que pudiera siquiera identificar su color. Aquello me contrarió.

El obeso debió de percatarse de mi contrariedad respecto a su alimentación, ya que desplazó el paquete y lo lanzó sobre la mesa para que pudiera verlo. Para mi sorpresa, se trataba de chocolate verde pálido.

Perpleja, levanté hacia el vicepresidente una mirada llena de aprensión:

—¿Se trata de chocolate marciano?

Se puso a gritar de risa. Hipaba convulsivamente:

—Kassei no chokoreto! Kassei no chokoreto!

Es decir: «¡Chocolate marciano! ¡Chocolate marciano!».

Me pareció una curiosa forma de aceptar mi renuncia. Y aquella hilaridad rebosante de colesterol me incomodaba sobremanera. Iba en aumento, y veía acercarse el momento en el que una crisis cardíaca lo fulminaría ante mis narices.

¿Cómo podría explicarlo luego a las autoridades? «Estaba yo presentando mi renuncia. Y eso le mató». Ningún miembro de la compañía Yumimoto se tragaría semejante versión: yo era el tipo de empleada cuya marcha sólo podía constituir una excelente noticia.

En cuanto a la historia del chocolate verde, nadie se la creería. Uno no fallece a causa de una tableta de chocolate, por más de color clorofila que sea. La hipótesis de asesinato resultaría mucho más verosímil. Y no eran móviles lo que me faltaban.

En resumen, había que desear que el señor Omochi no se muriera, ya que aquello me habría convertido en culpable.

Me disponía a soltar mi segunda estrofa con el objetivo de interrumpir aquel tifón de risa cuando el obeso precisó:

—Se trata de chocolate blanco con sabor a melón verde, una especialidad de Hokkaido. Han reproducido a la perfección el sabor del melón japonés. Tenga, pruebe.

—No, gracias.

Me gustaba el melón japonés, pero la idea de aquel sabor mezclado con el del chocolate blanco me producía verdadera repugnancia.

Por oscuras razones, mi negativa irritó al vicepresidente. Reiteró su orden de un modo educado:

—Meshiagatte kudasai.

O sea: «Por favor, hágame el favor de comer».

Me negué.

Empezó a bajar los niveles de lenguaje:

—Tabete.

O sea: «Coma».

Me negué.

Gritó:

—¡Taberu!

O sea: «¡Tráгатelo!».

Me negué.

Montó en cólera:

—Mire usted, mientras su contrato todavía esté en vigor, ¡tiene la obligación de obedecerme!

—¿Qué puede importarle que coma o no?

—¡Insolente! ¡Usted no tiene ningún derecho a hacerme preguntas! Usted debe limitarse a cumplir mis órdenes.

—¿Qué tengo que perder, si no obedezco? ¿Que me pongan de patitas en la calle? Eso me vendría bien.

Justo después, comprendí que había llegado demasiado lejos. Bastaba ver la expresión del señor Omochi para comprender que las buenas relaciones belgo-japonesas estaban resultando seriamente dañadas.

Su infarto parecía inminente. Me retracté:

—Le pido que me perdone.

Encontró el resuello suficiente para rugir:

—¡Tráгатelo!

Aquél era mi castigo. ¿Quién iba a imaginar que comer chocolate se convertiría en un acto de política internacional?

Acerqué mi mano al paquete pensando que, en el jardín del Edén, las cosas quizás habían transcurrido de un modo similar: Eva no tenía ningún deseo de morder la manzana, pero una serpiente obesa, aquejada de un ataque de sadismo tan repentino como inexplicable, la había obligado a hacerlo.

Rompí un cuadrado verdoso y me lo llevé a la boca. Lo que más me repelía era su color. Mastiqué: para mi vergüenza, su sabor distaba mucho de ser malo.

—Delicioso —dije a regañadientes.

—¡Ah, ah! ¿Es bueno, verdad, el chocolate marciano?

Había triunfado. Las relaciones belgo-japonesas volvían a ser excelentes.

Cuando me hube tragado la causa del casus belli, proseguí con mi numerito:

—La compañía Yumimoto me ha brindado multitud de oportunidades de demostrar mis aptitudes. Le estaré eternamente agradecida. Por desgracia, no he sabido mostrarme a la altura del honor que me era concedido.

Sorprendido, sin duda porque había olvidado totalmente el motivo de mi

presencia allí, el señor Omochi estalló en una carcajada.

En mi dulce candor, había imaginado que humillándome de aquel modo para salvar su reputación, rebajándome a mí misma con el fin de no tener que dirigirles reproche alguno, iba a suscitar protestas del tipo: «¡Pues claro que estuvo usted a la altura!».

Sin embargo, era la tercera vez que soltaba mi perorata y nadie había intentado contradecirme. Fubuki, lejos de replicar a mis carencias, había insistido en precisar que mi caso era más grave todavía. El señor Saito, por más que le incomodaran mis desventuras, no había cuestionado el fundamento de mi autodenigración. En cuanto al vicepresidente, no sólo no tenía nada que objetar a mis alegaciones, sino que las acogía con la más entusiasta de las hilaridades.

Aquella constatación me recordó la frase de André Maurois: «No hables demasiado mal de ti mismo: podrían creerte».

El ogro sacó un pañuelo de su bolsillo, secó sus lágrimas de risa y, ante mi enorme asombro, se sonó, lo que en Japón constituye uno de los colmos de la grosería. ¿Tan bajo había caído que podían vaciarse las narices en mi presencia sin sentir vergüenza alguna?

A continuación, suspiró:

—¡Amélie-san!

No dijo nada más. Deduje que, para él, el asunto quedaba zanjado. Me levanté, saludé y me marché sin decir nada.

Sólo me quedaba Dios.

Nunca fui tan nipona como presentando mi dimisión al presidente. Delante de él, mi malestar era sincero y se expresaba a través de una sonrisa crispada entrecortada por un ahogado hipo.

El señor Haneda me recibió con extrema amabilidad en su despacho inmenso y luminoso.

—Nos acercamos al final de mi contrato y quería anunciarle, con todo mi pesar, que me veo en la imposibilidad de renovarlo.

—Claro. La comprendo.

Era el primero en comentar mi decisión con humanidad.

—La compañía Yumimoto me ha brindado múltiples ocasiones de demostrar mis aptitudes, y le estaré eternamente agradecida por ello. Lamentablemente, no he podido mostrarme a la altura del honor que me era concedido.

Reaccionó enseguida:

—No es cierto, y usted lo sabe. Su colaboración con el señor Tenshi demostró que está usted altamente capacitada en los dominios que le convienen.

¡Vaya, vaya!

Añadió suspirando:

—No ha tenido suerte, no llegó en el buen momento. Comprendo perfectamente que haya decidido marcharse, pero sepa que si un día cambia de opinión, será muy bienvenida. Seguro que no seré el único que la echará de menos.

Estoy convencida de que se equivocaba en ese punto. Aunque no por eso dejó de conmovirme. Hablaba con una bondad tan convincente que casi me entristeció la idea de abandonar aquella empresa.

Año Nuevo: tres días de descanso ritual y obligatorio. Semejante farniente tiene algo traumático para los japoneses.

Durante tres días y tres noches ni siquiera está permitido cocinar. Se comen platos fríos, preparados con antelación y almacenados en unas espléndidas cajas lacadas.

Entre aquellos alimentos festivos, destacan los omochi: pasteles de arroz por los que, antaño, me pirraba. Aquel año, por razones onomásticas, no pude ni probarlos.

Cuando me llevaba un omochi a la boca, tenía la certeza de que iba a ponerse a rugir: «¡Amélie-san!» y a estallar en una grasienta carcajada.

Regreso a la compañía por sólo tres días de trabajo. La mirada del mundo apuntaba hacia Kuwait y sólo estaba pendiente del 15 de enero.

Mi mirada apuntaba al ventanal de los servicios y yo sólo estaba pendiente del 7 de enero: mi ultimátum particular.

La mañana del 7 de enero, no me lo podía creer: ¡había esperado tanto aquella fecha! Me parecía que llevaba diez años trabajando en Yumimoto.

Pasé el día en los retretes del piso cuarenta y cuatro en una atmósfera de religiosidad: llevaba a cabo el más mínimo gesto con la solemnidad de un sacerdote. Casi lamentaba no poder comprobar las palabras de la vieja carmelita: «En el Carmelo, lo difícil son los treinta primeros años».

Hacia las siete de la tarde, tras lavarme las manos, fui a estrechar las de los pocos individuos que, a título diverso, me habían dejado entrever que me consideraban un ser humano. La mano de Fubuki no formaba parte del lote. Lo lamenté, aunque no sentía ningún rencor hacia ella: fue por amor propio por lo que me obligué a no saludarla. Más tarde, aquella actitud se me antojó estúpida: preferir el orgullo a la contemplación de un rostro excepcional constituía un error de cálculo.

A las seis y media, regresé por última vez al Carmelo. Los servicios de señoras estaban vacíos. La fealdad de la iluminación de neón no impidió que se me encogiera el corazón: siete meses —¿de mi vida?, no; de mi tiempo sobre este planeta— habían transcurrido allí. No había motivos para la nostalgia. Y, sin embargo, se me hizo un nudo en la garganta.

Instintivamente, me dirigí hacia la ventana. Pegué mi frente contra el cristal y enseguida supe que lo echaría de menos: no todo el mundo tenía el privilegio de dominar la ciudad desde lo alto del piso cuarenta y cuatro.

La ventana era la frontera entre la terrible luz y la admirable oscuridad, entre los retretes y el infinito, entre lo higiénico y lo imposible de lavar, entre la cadena de váter y el cielo. Mientras existieran ventanas, el más débil de los humanos tendría su parte de libertad.

Por última vez, me lancé al vacío. Miraba cómo mi cuerpo caía.

Cuando hube saciado mi sed de defenestración, abandoné el edificio Yumimoto. Nunca me volvieron a ver.

Unos días más tarde, regresé a Europa.

El 14 de enero de 1991, empecé a escribir un manuscrito titulado *Higiene del asesino*.

El 15 de enero expiró el ultimátum americano contra Irak. El 17 de enero estalló la guerra.

El 18 de enero, al otro lado del planeta, Fubuki Mori cumplió treinta años.

El tiempo, conforme a su vieja costumbre, pasó.

En 1992 se publicó mi primera novela.

En 1993, recibí una carta procedente de Tokio. El texto decía lo siguiente:

Amélie-san,  
Felicidades.

Mori Fubuki

Aquella nota contenía elementos suficientes para hacerme feliz. Pero incluía un detalle que me encantó en grado máximo: estaba escrita en japonés.

AMÉLIE NOTHOMB, nació en Kobe (Japón) en 1967. Proviene de una antigua familia de Bruselas, donde reside actualmente, aunque pasó su infancia y adolescencia en Extremo Oriente, principalmente en China y en Japón, donde su padre fue embajador. Habla japonés y trabajó como intérprete en Tokio. Es una de las autoras francesas más populares y con mayor proyección internacional.